

Blanca NAVIDAD en las HIGHLANDS



Alma
FERNÁNDEZ

Blanca
NAVIDAD
en las
HIGHLANDS

Primera edición.

Blanca Navidad en las Highlands

Alma Fernández

© Noviembre 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epilogo](#)

Capítulo 1



—Y la afortunada ganadora del premio a la excelencia que ha resultado seleccionada para el programa de intercambio en la ciudad de Glasgow es Valentina de la Renta.

Sí, de la Renta, esa soy yo. Y no porque fuera sobrina del afamado diseñador, sino porque ese era el apellido de mi padre, Gonzalo, un portento de los negocios, dueño del concesionario de lujo más importante de nuestra ciudad.

Como no podía ser de otra manera dada su trayectoria y posición, su único retoño, es decir, yo, acudía a la universidad más prestigiosa que jamás hubo por aquellos lares. “Los Nogales” se llamaba, un lugar donde los cachorros de lo más granado a nivel social competíamos entre nosotros para ver quién podía llevarse el gato al agua, logrando un currículum cum laude del que poder alardear.

¿Me convertía todo esto en una pija redomada? Pues más bien no. Mi corazón se identificaba más con el de una chica sencilla a la que la vida había situado en un lugar así de selecto.

—Valentina, hija, no te creas más que los demás solo por la posición que ostenta tu padre, que torres más altas han caído.

Mi madre solía decirme eso día sí y día también. Lucrecia era su nombre y había llegado en su momento a España con una mano delante y otra detrás, procedente de México. Eso sí, lo que traía bajo el brazo era un título en Economía que avalaba su brillantez.

A mi padre no le pasó desapercibida una chica así, culta, luchadora y guapa, arrolladoramente guapa. Todos decían que yo me parecía a ella y así lo esperaba. Aunque fuera en el blanco de los ojos me fascinaba pensar en mis similitudes con la mujer que tuvo a bien traerme a este mundo de locos que se había convertido en una jauría en la que la gente se mataba por llegar más alto que el resto.

Con los meses mi padre fue quedándose prendado de aquella mujer. Bueno, y ella se quedó prendada igualmente, y no solo prendada sino también preñada. No, no penséis mal, mi madre no era ninguna trepa y el hecho de quedarse embarazada no fue fruto de ninguna artimaña por su parte, sino de la pasión que ambos rezumaban por la punta de las orejas.

La noticia, sin embargo, sí cayó como un jarro de agua fría a mis abuelos paternos, Vicente y Aurora. Él fue quien puso en marcha el negocio que años después heredaría su padre y consideraron que mi madre era una enredadora de mucho cuidado que se había valido de sus armas de mujer para meterse a mi padre en el bolsillo. Por no decir en otro lado...

Y como el rosario de la aurora precisamente fue como salieron todos, por lo que mi padre y mi madre se distanciaron por completo de aquellos dos seres déspotas y elitistas para iniciar una vida en común en la que la felicidad fue la nota dominante.

Eso de que detrás de un gran hombre hay una gran mujer debió decirse al hilo de la existencia de mis progenitores; pues si mi padre heredó un negocio próspero, la visión empresarial de mi

madre hizo que en pocos años estuvieran quintuplicando beneficios.

Con todo y con eso a mi madre no se le caían los anillos y a menudo, incluso en las reuniones sociales más esnob y exclusivas, la buena de ella hablaba con orgullo de sus orígenes humildes y de la importancia de hacerse a uno mismo.

En momentos así, teníamos que ir volando por un babero, pues a mi padre se le caía la baba ante una mujer que había dado sobradas muestras de cómo podían escalarse peldaños en la vida sin necesidad de pisar a nadie.

A la hora de educarme, yo siempre valoré las dos caras de la moneda. Pese a acudir desde el minuto uno a la escuela más prestigiosa y trilingüe de la zona, también supe lo que era acudir de la mano de mi madre a los comedores sociales para dar de comer a aquellos a los que la vida no había favorecido como a nosotros.

—Tienes que saber que no todos los niños tienen la misma suerte que tú, Valentina. —Esa era una de las frases que mi madre se encargó de que quedara grabada a fuego en mi memoria desde mi más tierna infancia.

—Pero si yo nunca te gano jugando al parchís...—me quejaba yo a mis cinco o seis añitos cuando no sabía interpretar todavía la magnitud de sus palabras.

—No estoy hablando de juegos, sino de la vida, mi niña. Tienes mucho que aprender todavía...

—Pues yo lo que quiero aprender es cómo ganarte al parchís—insistía.

No obstante, no había enseñanza por parte de aquella gran mujer que yo no terminara absorbiendo como si de una esponjita se tratase. Y eso incluía su increíble sentido del humor, porque mi madre si no corría, volaba. Era una mujer única.

De hecho, uno de mis mejores recuerdos de la niñez lo constituyen aquellos cientos de ocasiones en los que el sonido de la risa de mi padre envolvía todas las estancias de nuestra lujosa casa, merced a las indudables gracias que tenía mi madre y que no dudaba en poner en marcha en cualquier momento.

No he comentado todavía que mi nacimiento fue un poco complicado y que, tras él, mis padres recibieron el varapalo de que no podrían tener más hijos. Enamorados como estaban y con ganas de formar una familia numerosa, lo asumieron con entereza, pese a la tristeza que la noticia les causó.

Tal hecho propició que ambos se volcaran al cien por cien con la que estaba llamada a convertirse en su única hija, servidora, que además heredaría en su día el negocio familiar. No, no es que la idea de vender cochazos de lujo me fascinara, pero tampoco iba a tirar por la borda la labor de mi padre durante tantos años.

Cuando llegó la hora de elegir carrera universitaria yo no tuve ningún género de duda; quería ser economista, como mi madre. A ella, que ya lo venía sospechando, la noticia le tocó la fibra sensible y fueron no pocas las enseñanzas que recibí de primera mano de una mujer que donde ponía el ojo ponía la bala.

Estudiaría en “Los Nogales” una universidad que aunaba un amplio ramillete de carreras y que me proporcionaría una visión moderna y global de los estudios, desde un prisma eminentemente práctico.

En ella tuve la suerte de compartir aquellos intensos años universitarios, que dicen que son los mejores de la vida, con Alexander, un chico al que conocí al segundo día de estar allí y que me acompañó hasta el comienzo de ese último curso que yo hacía ese año.

Fueron tres bonitos años de relación en los que yo creí conocer el amor en mayúsculas y que se fueron al traste el día en que mi novio, entre lágrimas, me vino a decir poco más o menos que no

era yo, que era él... Y que hasta ahí habíamos llegado.

En el anterior curso Alexander había cambiado de amistades, algo que me preocupó porque vi que las elegidas no eran trigo limpio. Así se lo hice notar desde el principio, pero él se dedicó a hacer oídos sordos o a decirme que siempre estaba con la misma cantinela y que le rayaba.

—Esto no va a acabar bien, mi vida, te lo digo yo, que las mujeres tenemos mucho ojo para estas cosas.

—Claro y los hombres estamos ciegos, lo mismo es de hacernos... bueno tú ya sabes, de darle a la zambomba, como decían antes.

El día que Alexander me dio aquella contestación tomé conciencia de que nuestra relación había dado un giro de ciento ochenta grados. Por favor, pero si él había sido hasta entonces la corrección personificada, ¿cómo demonios era posible aquello?

De ahí para delante, como los de Alicante, llegó un momento en el que concluí que no lo conocía. Alexander parecía necesitar un exorcista, de las burradas que comenzó a decir al lado de unos amigos de lo más radicales que le metieron un puñado de ideas en la cabeza incompatibles con la vida en común.

Una de esas ideas versaba sobre que las chicas éramos unas controladoras que habíamos nacido, poco más o menos, que para joderles la vida. E, imbuido de aquel pensamiento, mi novio empezó a cuestionarse nuestra relación hasta el punto de que sentí que, de ser amantes, amigos y todo aquello que pueda soñarse en una pareja, pasamos a ser poco más que follamigos.

El día que por fin lo vomitó todo yo lo estaba esperando con la escopeta cargada (no literalmente, aunque ganas no me faltaban). Si no llega a dejarme él, lo hubiera hecho yo, pues ya estaba hasta el mismísimo moño de sus soplapollecés y de las de los memos de sus amigos.

—Menudo marrón te has quitado de encima—me comentó Alba cuando, un rato después, caí sobre sus hombros llorando.

Alba era mi mejor amiga desde hacía diez años. Tanto que, sin sentirse especialmente atraída por la Economía, se matriculó en la misma carrera que yo para que pudiéramos cursarla juntas.

—Pero es que yo lo quería, no te creas que ha sido tan fácil—le comenté porque, el hecho de que le hubiera mostrado más valor que el Guerra a Alexander no restaba un ápice de dolor a un momento que representaba para mí la viva imagen de eso que llaman un mal de amores.

Lo cortés no quita lo valiente, eso lo tengo yo meridianamente claro, y que Alexander se hubiera convertido en un soplagaitas no me hacía olvidar al chico divertido y afable que en su día fue.

—No te preocupes, mi niña, el tiempo todo lo cura. —Mi madre besó amorosamente mi frente esa noche cuando yo busqué ahuecarme en su regazo de lo mal que me sentía.

Tres meses habían pasado desde aquel momento crucial de mi vida en el que entendí que tenía que afrontarla en soledad. Y quien habla de soledad, dice en soledad relativa, o simplemente sin pareja, porque a mí, gente que me quisiera, me sobraba.

Fue entonces cuando, sabedores de que yo necesitaba un estímulo que me sacara de aquel ostracismo en el que entré a partir de la ruptura con Alexander, mis padres me animaron a apuntarme a aquel programa de intercambio tan interesante para el que había una única plaza.

Siempre me han gustado los retos y, aunque yo estaba muy lejos de ser más tonta que una caída de espaldas como muchos de mis compañeros de “Los Nogales”, sí era muy competitiva. Además, por fortuna, los idiomas se me daban genial y ese era uno de los puntales para ganar aquel privilegio.

Sentados todos los aspirantes en el salón de actos y con la compañía de nuestros expectantes

padres, contuve el aliento cuando el rector comenzó a pronunciar las esperadas palabras.

El “esa es mi niña” de mi madre se escuchó hasta en el último rincón de tan grandioso salón y los vítores de todos los presentes cuando mencionaron mi nombre y me puse de pie hicieron que mis mejillas enrojecieran cual si de un volcán en erupción se tratase.

—Yo, yo... no sé qué decir, esa es la verdad—murmuré ante el micrófono cuando el rector me dio la palabra.

Miré a mi madre y su pulgar hacia arriba me tranquilizó. Por lo que ella me indicaba, mi frase no había sido la cagada del siglo. Me parecía coherente, porque, si algo me había enseñado aquella mujer era a que fuera yo misma siempre y en todo lugar. Y a mí hablar en público, a mis veintidós añitos, me producía un pánico escénico de marca mayor.

—Pero algo tendrás que decir, Valentina—insistió aquel amable hombre.

—Sí, que esta es una gran oportunidad y que quiero hacerles saber a todos los presentes que la aprovecharé como es debido. Muchas gracias a todos y en especial a mis padres, que han hecho de mí lo que hoy soy...

Capítulo 2



A partir de aquel momento, un verdadero torbellino de emociones se desató en mi cabeza. Para mí era una experiencia nueva, puesto que apenas había viajado sin mis padres hasta entonces.

A ver, había hecho algún que otro viaje con mis compañeros de instituto y de universidad, pero ahora me enfrentaba a una aventura completamente en solitario. Por otro lado, el destino en cuestión me entusiasmaba.

Había buscado bastante información por internet sobre esa gran ciudad escocesa que me esperaba y sentía una enorme curiosidad por vivirla de primera mano, por recorrer todos y cada uno de los rincones de esa bulliciosa ciudad cosmopolita que tan atractiva resultaba en fotos.

—No sabes cuánto me alegro de verte tan feliz, hija —me decía mi madre cada dos por tres.

—Pues no lo digas muy alto, no sea que me dé por quedarme allí y luego te entre la llorera—le respondía yo en broma.

—Quién sabe, cariño. La vida da muchas vueltas.

—Que te lo digan a ti, ¿verdad?

—Ya ves, cielo. Y no me arrepiento de ninguna de las decisiones que he tomado en mi vida.

—Lo sé, mamá, pero ¿tú no echas de menos México? Casi nunca hablas de tu tierra... no sé.

—Valentina, hija, dicen que uno no es de donde nace sino de donde se hace. Y yo llevo ya más de media vida aquí.

—Es cierto. Y aparte de eso, si no te hubieras venido para acá, yo no habría nacido. O sí. Lo mismo sería una mejicanita linda, hija de un bigotudo mariachi de esos que van por ahí cantando rancheras... ¿tú que dices?

—¿Yo? Que qué cosas tienes, hija de mi corazón—Mi madre se reía a carcajadas limpias con mi ocurrencia.

—Bueno, bueno. Ya se verá. ¿Te imaginas de abuela de un escuadrón de enanejos escoceses con faldas de cuadros?

—Valentina, por Dios, qué cosas dices. Pero bueno, lo que tenga que ser, será. Como comprenderás, yo solo quiero tu felicidad y que te sitúes bien en la vida.

—Bastante bien me situó ya ese Dios tuyo, dándome una madre como tú.

—¡Qué zalamera eres, bichito loco!

Así era nuestra relación, suave y dulce como la miel. Aunque lo cierto es que me llamaba poderosamente la atención el hecho de que mi madre apenas hablase de sus orígenes. Y no solo eso, sino que mantenía el contacto mínimo con su gente y no había vuelto a poner un pie por tierras mejicanas desde que cayese en España tantos años atrás.

No obstante, aunque de vez en cuando le tirara alguna chinita como esa de que si no echaba de menos su país, yo tampoco me atrevía a hacerle muchas preguntas. Quizás con el tiempo se decidiese a hablar, a contarme lo que fuera, si es que tenía algo que contar que yo me estuviera

perdiendo.

Los días iban pasando y se aproximaba la fecha de mi viaje. Tenía que calcular bien todo lo que me tendría que llevar para no pasarme ni quedarme corta.

Mi amiga Alba estaba tan expectante como yo.

—¡Hey! Se me ocurre una idea—me dijo por teléfono una mañana.

—Miedito me das, pero dispara...

—Vámonos de compras en plan Paris Hilton.

—¿Y eso?

—Y eso, pan con queso. Tampoco tiene que haber un motivo especial, chica, no digo que nos tengamos que gastar un dineral, pero ya sabes... unos trapitos nuevos nunca vienen mal. ¿No te hace ilusión?

—Pues mira, ahora que lo dices, me vendría bien, sí. Me haría falta comprarme algo de ropa interior nueva y un bolso oscuro.

—¡Esa es mi chica! ¿Te parece bien que quedemos después de comer? Nos hinchamos a ver tiendas y luego nos zampamos para merendar una tarta de dulce de leche, de esas que tanto te gustan.

—¡Trato hecho!

Alba, que me conocía mejor que nadie, sabía perfectamente cómo tocarme la fibra sensible. En cambio, yo no sospeché en aquel momento ni de coña lo que se traía entre manos con lo de las compras.

Tal y como dijimos, nos citamos a media tarde de ese viernes para acudir a nuestro centro comercial favorito, pues aquel tenía, además de un mogollón de tiendas de todos los estilos, cafeterías, restaurantes, cines, recreativos y un sinfín de cosas más.

Me compré todo aquello que tenía apuntado en la lista y un vestido de noche precioso que no tenía en mente pero que mi amiga se empeñó en que me llevara. Me dio coba como solo ella sabía hacerlo.

—Es que te sienta como un guante, Valentina.

—Ya, pero por ahora no me va a hacer falta. Voy a Glasgow a lo que voy, Alba, no a una boda...

—Tú hazme caso a mí. Esas cosas nunca están de más, y fíjate en el precio, es una ganga, niña.

—Eso sí.

Tampoco es que le costase mucho convencerme. No me tengo por una mujer caprichosa, pero la verdad es que el traje era una pasada y estaba tirado de precio por liquidación de temporada. Era una pena dejarlo allí, así que me lo llevé, pensando en que ya tendría ocasión de estrenarlo.

Lo que no imaginaba ni por asomo es que esa ocasión estaba a la vuelta de la esquina. Vamos, que Alba me lo había metido por los ojos con su sal y su pimienta, sabiendo bien lo que hacía. Fue poco más tarde, jugando una partida de bolos con ella allí mismo, cuando me contó sus intenciones como el que no quiere la cosa.

—Esto... ¿qué te iba a decir yo? Mañana tenemos fiestuqui y hay que ponerse guapa, nena.

—¿Eins? —le pregunté con gesto de asombro total.

—Lo que oyes. A las diez, en el club Contra viento y marea.

—Pero ¿qué estás diciendo, loca?

—Te cuento. Estuve hablando anoche con Carlota y con María y hemos pensado en hacerte una fiestecita de despedida.

—¿De despedida? Ni que me fuera a casar, estáis como un cencerro, chica.

—Me refería a despedida antes de que te fueras, ya que es tu último fin de semana aquí. Pero mira, ahora que lo dices...

—Albita, ¡que te veo venir y te temo! Capaz eres de traerme unos boys de esos...

—Qué tonta estás, hija mía. Se trata nada más que de pasar un rato chachi para que te lleves un buen sabor de boca en la maleta. Chica, qué ingrata eres—me respondió, haciendo en broma un mohín como de desprecio.

—Vale, vale, vale... Pensándolo bien, no me vendrá mal un poco de diversión.

—Exacto, que estás muy nerviosa últimamente con los preparativos del viaje.

Tenía razón. Me marchaba el jueves de la semana siguiente y andaba ya esos últimos días como un flan, de manera que empecé a ilusionarme con la idea y ya no puse más pegas.

A las diez menos cuarto de la noche del sábado, cogí el coche y pasé a recoger a la cuadrilla; Alba, María y Saray, la hermana pequeña de esta.

—Flipa, colega. Estás que te sales con el traje —me soltó mi inseparable compañera nada más montarse a mi lado—. Y en el pelo te has hecho algo, ¿no? —dijo.

—Bueno, me pasé esta mañana por la pelu para que me dieran unas mechas un poco más claras.

—Pues te sientan de escándalo, hija. Menos mal que no tenías muchas ganas de fiesta.

Sí, y menos mal también que iba a ser una simple fiestecilla de despedida, porque allí hubo de todo aquella noche. De entrada, porque no estaríamos allí solas las cuatro, y es que Alba había metido también en el lote a Rosa y Andrea, dos primas mías, y a tres compañeros más de clase.

El club estaba a rebosar de gente. El lugar en cuestión es privado y solo pueden acudir los socios, pero cada uno de ellos puede llevar a un par de invitados. Mis padres, los de Alba y mis tíos llevaban allí toda la vida, de modo que no hubo ningún problema en ampliar el círculo de amigos a mis espaldas.

Aunque la gente que lo frecuenta suele ser de cierto nivel social, puedo garantizar que no es gente cuentista sino todo lo contrario; personas sencillas y de buen fondo humano que crean un ambiente relajado y agradable en el que cualquiera ajeno a la asociación se siente a gusto.

Aprovechando el buen tiempo, el evento se había trasladado a los jardines, donde unos y otros charlaban relajadamente, copa en mano. Fue justo al ir a pedir una copa en la barra cuando el destino puso en mi camino a Alberto.

Nunca mejor dicho eso de que lo puso en mi camino. Más que a él, a su pie, y es que, tan contenta yo con el cerro de chupitos que ya llevaba encima, fui a darle tal pisotón con mi súper tacón de aguja que por poco lo dejo allí clavado en el suelo. El pobre chaval puso una mueca de dolor antes de retirar el pie que todavía me duele en el alma.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamé apuradísima.

—No te preocupes.

—Ha sido sin querer, de veras.

—Ya me imagino, mujer. No creo que una chica con una cara tan dulce pueda tener tan mala uva como para hacerlo aposta —según me soltó el piropo, se ruborizó como una cereza.

El comentario en sí no habría tenido mayor transcendencia, de no ser porque ya no me quitó ojo a partir de aquel momento. Ni yo a él, puesto que el chaval, moreno y de ojos claros, era guapo hasta decir basta. A ninguna de mis amigas se le pasó por alto el asunto.

—Uy, uy, uy, me da a mí que tú no te vas a ninguna parte a este paso —La guasona de María, siempre tan extremista ella.

—¿Qué estás hablando, majarona? Tú estás peor que las maracas de Machín. Muerta tendría yo que estar para no coger ese avión.

—Lo que yo te diga. No te des la vuelta, pero por ahí viene el rey de Roma.

Y tanto que venía, pero enflechado a por esta que está aquí.

—Perdona—Le oí decir a mis espaldas.

—¿Sí? —respondí girándome.

—¿Puedes venir un momento?

—Claro.

Me aparté unos metros de mis amigas y ahí fue cuando el chico me ofreció invitarme a una copa. No me lo pensé dos veces y tiré con él para la barra.

—No te he visto nunca por aquí—le solté, nerviosa, sin saber por dónde abrir la conversación, y es que a él se le veía un poco tímido.

—La verdad es que es la segunda vez que vengo. Llevo poco tiempo en el club.

—Yo tampoco soy de venir mucho. Tú sabes, alguna vez a comer con mis padres por sus cumpleaños y cosas así.

—En realidad, he venido tan poco porque llevo también poco tiempo viviendo aquí. Me he tenido que trasladar por trabajo.

Alberto tenía 28 años, era de Granada y acababa de aprobar unas oposiciones para el cuerpo de jueces y fiscales. Hacía cinco meses que había llegado y todavía no tenía muchas amistades. De ahí que se hubiese apuntado al club.

Me tomé otro cubata con él en la barra y luego me lo llevé para presentárselo a mis amigas. Era lo mínimo que podía hacer, dado que no me parecía justo apartarme ya para el resto de la noche de mi pandilla. Además, así el chico podría ir conociendo gente.

Charlamos, reímos y bailamos si teníamos que bailar. Entre medias, me fue desvelando otra serie de detalles sobre su persona y, a medida que fue pasando el tiempo, él se iba soltando y a mí me iba encandilando más y más.

Antes de marcharnos de allí nos intercambiamos los números de teléfono y, a pesar de saber que me iba unos días más tarde, se dejó caer.

—Podríamos vernos cualquier tarde de estas para tomar algo o ir al cine, Valentina.

—Bueno, lo hablamos. Ya te he comentado que ando un poco liada últimamente.

—Entiendo. Perdóname. No he pretendido en ningún momento ponerte en un compromiso.

El chaval, aparte de ser atractivo como él solo, tenía una educación y unos modales encantadores. Y yo, que tenía entre manos lo que tenía, dudaba de la conveniencia de continuar con lo que parecía estar comenzando entre nosotros.

Sí, porque lo nuestro había sido un flechazo en toda regla, para qué negarlo. Sin embargo, ya no pude quitármelo de la cabeza, pese a que lo de Alexander me había dejado bastante tocada y mi corazón no estaba aún muy receptivo que digamos...

Capítulo 3



En vista de que con el “corte” que le pegué no daba señales de vida, fui yo quien contactó con él por wasap la tarde del domingo para vernos un rato y tomar una copilla. El chaval se puso más contento que unas castañuelas.

—Perfecto. No te robaré mucho tiempo.

Mientras no me robes el corazón sin remedio, pensé. El caso es que me arreglé a conciencia para vernos esa tarde... y la del lunes... y la del martes y la del miércoles también. En esos ratos, paseamos, fuimos al cine, a mi heladería favorita... Y, por supuesto, entre cita y cita, también hablábamos por wasap de esto, lo otro y lo de más allá.

Reconozco que poco a poco me estaba empezando a enamorar de Alberto, pero andaba temerosa de avanzar en la relación. Lo único que el pobre consiguió de mí en ese sentido fue un tierno beso en la puerta de mi casa, la víspera de coger rumbo a tierras galas.

Por cierto, fui yo quien lo propicié, pues el hombre, como ya dije, además de un poco tímido era bastante cauto. Imaginé que, si él hasta entonces no se había atrevido a ponerme un dedo encima, quizás fuera por no meter la gamba y no por falta de ganas.

—¿Estás bien, hija? —me preguntó mi madre en el aeropuerto al verme un tanto más seria que de costumbre.

—Sí, mamá, es que estoy algo nerviosa, pero tranquila, que no me pasa nada.

—Bueno, si tú lo dices.

—Mi amor, deja ya tranquila a la niña—intervino mi padre—. Es normal que esté así, esta experiencia es muy importante para ella. ¿O no, hija?

Lo era, pero tan cierto como que llevaba ya en el equipaje esa penita por alejarme de Alberto. La vida era así de caprichosa. ¿No podía habérmelo puesto por delante a mi regreso? ¿Tenía que ser justamente antes de irme para distraer mi atención?

Dándole vueltas al coco, me subí al avión y mi mente ya no tuvo ni un minuto de descanso durante el vuelo. El primero que se me vino a la cabeza una vez que tomé asiento, curiosamente, fue Alexander.

Él era el culpable de que mi corazón estuviese así de endurecido. Había compartido tres años de mi vida con un auténtico desconocido. No negaré que pasamos una época muy feliz hasta que empezó a juntarse con aquella panda de malnacidos, pero tampoco podía atribuírsele toda la culpa a esas sabandijas.

Quiero decir, ya me podrían haber dicho a mí misa, que mi actitud con mi novio no habría cambiado un ápice. Y lo malo no era ya que se dejase influir con tanta facilidad por la gente.

Peor fue enterarme con el tiempo, poco después de resultar elegida en el programa, de que había tenido más cuernos que un ciervo en los últimos meses de nuestra historia. Se ve que ya no era yo para entonces su única follamiga.

—Valentina, te vas a quedar muerta cuando te cuente—Carlota me había citado una mañana junto a la fuente de un parque en el que solíamos quedar de vez en cuando.

—¿Qué pasa?

—Bueno, yo te lo cuento, pero yo no te he dicho nada, ¿eh?, que no quiero líos con gentuza.

—Me estás asustando, Carlota.

—No es eso, tranquila. ¿Te acuerdas de Mónica, la rubia de bote aquella?

—Sí, creo que sí. ¿Te refieres a la hermana de Juan, el amigo ese de las narices que se echó Alexander?

—La misma.

—¿Y qué pasa con ella?

—Verás, coincidimos ayer en la cola del ayuntamiento. Ella estaba delante de mí con una amiga, pero no me vio. Andaba muy entusiasmada contándole a la otra una historia con un menda.

—Jolín, ¿y dices que no te vio?

—Creo que no, porque entre ellas y yo había un chico. El asunto es que pegué al oído y...

Y ahí fue cuando Carlota ató cabos y descubrió el pastel. La tal Mónica le estaba contando a su acompañante como una gracia los pormenores de sus escauceos en el Seat León amarillo con el que todavía era mi novio oficialmente por aquel entonces.

Por una serie de detalles que escuchó de su boca, debió ser ese mismo fin de semana que celebramos el cumpleaños de Alexander en la casa de la sierra de sus padres.

Aunque a mí no me gustaban ni un pelo aquellas amistades con las que se juntaba últimamente, tuve que entrar por el aro cuando insistió en invitarles a todos. A fin de cuentas, era su cumpleaños y no el mío. Y sí, recordé cómo se habían marchado él y la Mónica esa un par de veces al pueblo a por más hielo...

Imbécil de mí que ni se me pasó por la cabeza en esos momentos que el muy asqueroso tuviera algún interés en aquella tipa tan desgarbada y antipática.

—Pues espabila y que no te quede ya ninguna pena, Valentina, porque no fue con la única con quien te puso la cornamenta bien puesta—me espetó para postre Carlota—. Te sigo contando. La otra, oyéndola, le dijo que era el mismo modus operandi con todas con las que se acostaba, según había escuchado por ahí. O sea, que empezaba la faena en los asientos del coche en pleno campo y la remataba fuera de él, sobre el capó.

—¡No me cuentes más, por favor! No quiero saber más detalles. ¡Qué asco de tío!

Como para confiar tan alegremente en otros hombres, era la cosa. Por otro lado, Alberto me había contado que acababa de salir también de una relación amorosa a la que había sido su chica quien había puesto el punto final.

Se supone que yo no debía desconfiar de sus palabras, pero me era inevitable. Tanto como que de nuevo se me viniesen mis padres al pensamiento. Sobre todo, mi madre y el misterio que suponía para mí su pasado.

La verdad es que el de mis padres era un matrimonio perfecto, de eso no cabía ninguna duda. Las muestras de cariño entre ellos eran constantes y el brillo de los ojos al mirarse les delataba. Jamás se levantaban la voz ni nada por el estilo.

—A ti lo que te pasa es que has visto muchas películas—me cortó Alba, el día que le confesé que estaba un tanto escamada con ese hermetismo de mi madre. Tal vez mi buena amiga tuviese razón.

Traté de distraer un poco mi mente con el móvil, revisando los cientos y cientos de fotos y borrando todas aquellas que no tenían ningún sentido, pero mi compañera de asiento en el vuelo,

una chiquilla de unos seis o siete añitos, tenía otros planes para mí.

—¿Tú también vas a Escocia a la boda de mi tío?

—No, cariño—le respondí sonriéndole. Me hizo gracia comprobar una vez más la inocencia de los niños, esa espontaneidad, esa “lógica”.

—¿Y entonces? ¿A la boda de quién vas?

—Laurita, cariño, no molestes a la mujer—le pidió la madre, sentada en el asiento contiguo.

—No se preocupe. No me molesta en absoluto.

—Es que esta hija mía, como se le dé cuartelillo, no para. Vuelve loco a cualquiera.

Lo pude comprobar en mis propias carnes, mejor dicho, con mis oídos, porque la chiquilla ya no cerró el pico hasta que aterrizamos. Y si no lo hacemos, todavía sigue ahí preguntándome de todo y contándome hasta lo que le echaba la madre a las lentejas y al cocido madrileño.

Esta que habla le contestaba y hacía como que la escuchaba atentamente, pero la realidad era bien distinta; la miraba a los ojos fingiendo interés en sus relatos infantiles mientras mi mente divagaba por otros derroteros.

¿Cómo sería mi relación con mis futuros hijos? ¿Cómo serían físicamente? ¿Cuántos tendría? Desde luego, yo quería tener más de uno. Siempre he pensado que los hermanos son un buen pilar donde apoyarse cuando la vida te va dando reveses.

Y aunque no. Debía ser bonito eso de compartir todo con ellos en el día a día; tus vivencias, tu ropa con tus hermanas, tus alegrías y tus penas... Mis padres no pudieron darme esa oportunidad, aunque, por fortuna, tenía un montón de buenas amigas alrededor de mí.

El asunto de los hijos había salido en conversación una vez entre Alexander y yo, cuando la relación entre nosotros todavía iba viento en popa y nada hacía presagiar tan indeseable final para nuestro idilio.

—Ufff, si te soy sincero, los críos no me gustan nada, Valentina.

—¿Y eso por qué?

—Por nada en especial. No me gustan y punto. Hay que tener mucha vocación para ser padre y debe ser que yo no tengo ninguna, no te voy a engañar, cariño.

Sería eso en lo único, porque vamos... vaya telita. Tampoco le di importancia en su día al hecho, pensando que tal vez con el tiempo cambiase de opinión. Admito que me veía formando una familia con él, pensamiento que fue desapareciendo de mi horizonte según fue cambiando conmigo.

El tema de la genética era otro punto que me llamaba muchísimo la atención. Aquella criaturita que volaba junto a mí, pelirroja, de ojos verdes y con la cara salpicada de pecas, era un calco de su madre, según podía observar.

Yo también era el vivo retrato de la mía. De ella había heredado el pelo negro y los ojos marrones oscuros, nada que ver con los rasgos físicos de mi progenitor. De él, a lo sumo, había sacado la boca grande y poco más.

—Dichosa la ramita que al tronco sale, hija mía—me había comentado en una ocasión, hablando de ese tema precisamente, de lo más orgullosa.

Yo también lo estaba, sin duda. Pero de ambos por igual. Esos dos seres tan bien avenidos se desvivían por mí, por hacerme feliz.

Cuando semejante bicharraco que surcaba los cielos comenzó a descender para aterrizar, aparqué todas aquellas divagaciones y procuré centrarme en lo que tenía por delante.

Fue ya en el taxi cuando me acordé de que aún tenía el móvil en modo avión. Al desactivarlo, enseguida me entró el wasap de Alberto en el que me decía que esperaba que hubiese llegado

bien.

No quedaba ahí la cosa. Me explicaba que entendía que, por lo sucedido, yo estuviera tan reacia a abrir las puertas de mi corazón a cualquiera, pero quería que yo entendiese a su vez que no todos los hombres eran iguales.

Para terminar, me confesaba lo que no había tenido el valor de decirme cara a cara: que yo le encantaba desde el primer momento, a pesar de que le arreara tal pisotón que le había provocado una fisura en un hueso del dedo meñique. A tal revelación le añadió un par de emoticonos tronchándose de risa.

A mí me pilló totalmente desprevenida lo de la faena de su dedo, puesto que eso de que yo le gustaba era un secreto a voces. No me había contado nada de lo del pie hasta entonces, pero aquello explicaba que le hubiese visto como cojeando un poco alguna vez mientras paseábamos. ¡Pobrecillo!

De todos modos, dejé su wasap en visto, pensando en que debía contestarle más tarde cuando estuviese más tranquila, eligiendo cuidadosamente mis palabras, y lo que hice fue llamar a casa para decir que ya estaba en mi destino.

—Cuánto me alegro, cariño—El tono de voz de mi padre era la mayor prueba de ello.

—¿Y mamá? ¿Dónde anda? —le pregunté, extrañada porque era ella quien normalmente atendía el hijo.

—Bueno, dice que iba a hacerse la manicura a la peluquería y a tomarse algo después con su amiga Lola.

¿Dice que iba? ¿Tenía mi padre algún resquicio de duda sobre lo que le había dicho su mujer? Esas palabras no me sonaron muy bien que digamos. No, probablemente era yo la que le estaba buscando los tres pies al gato sin ningún motivo...

Capítulo 4



¿Cómo explicar el impacto que supuso para mí poner los pies en Glasgow? Tan solo diré que, subiendo por aquellas escalinatas de acceso al colegio mayor donde me hospedaría una temporada, destilaba ilusión por todos los poros. Y eso, sin saber lo que me esperaba entre sus paredes.

Pronto descubrí que iba a llevarme bien con Maggie, mi compañera de habitación, una chica dos años menor que yo y, aparentemente, de carácter muy dulce y risueño.

—Bienvenida a este santuario de locos—me soltó nada más llegar, con una pícaro sonrisa.

—¿De locos?

—Es una forma de hablar, criatura, no me hagas mucho caso. Aquí, salvo el rector, todos estamos bastante bien de la azotea.

Pues menuda carta de recomendación le estaba haciendo, pensé, aunque me abstuve de preguntar. Al menos de momento.

—¿No conoces esto, Valentina?

—¿Te refieres al edificio?

—No, mujer. Hablo de Glasgow. ¿Y las Highlands? ¿Nunca has estado por allí?

—Todavía no, pero espero poder llevarme un maravilloso recuerdo de todos sus rincones. Por ahora, solo he visto la zona en fotos.

—Tranquila, has dado con una nativa dispuesta a enseñártelo todo.

Agradecí en el alma ese primer contacto entre nosotras. Debí caerle tan bien como me había caído a mí aquella rubia con cara de diablilla que ya apenas me dejó ni a sol ni a sombra.

Esa primera noche, acostada ya en mi cama, cogí el móvil para contestarle a Alberto. No quise herir sus sentimientos, de modo que le escribí un largo wasap en el que le explicaba que estaba en lo cierto; que todavía no se habían cerrado del todo las heridas que me causara Alexander.

Por contra, para no parecer tan dura y porque en el fondo ese chico me gustaba bastante, le dejé la puerta entreabierta, exponiéndole que de momento quería estar en lo que debía estar por aquel territorio británico, pero que eso no quitaba para que pudiéramos mantener el contacto a distancia y que ya a mi vuelta Dios diría.

Fiel a su estilo, me contestó que se hacía cargo, que me entendía perfectamente y que se sentía un privilegiado por contar entre las amistades de un ser tan excepcional como yo. No pude sentirme más halagada cuando me dijo, para finalizar, que ahí estaría para lo que fuese. Era un verdadero caballero.

Llevaba ya tres días en aquel colegio cuando sucedió algo totalmente inesperado para mí. El alumnado andaba esparcido por las zonas verdes de los alrededores del edificio, unos de cháchara en pie, otros en corrillo en el suelo y servidora caminando por allí fuera en compañía de su inseparable Maggie.

Dos hombres enchaquetados venían de frente cuando de repente sentí que uno de mis pies se enredaba con algo. Por más que traté de evitarlo, perdí el equilibrio y me caí hacia delante, con tan buena “suerte” de que el vaso de refresco que llevaba en la mano salió despedido y fue a estrellarse justamente en el pantalón de uno de ellos, el de aspecto menos serio.

No obstante, en tanto que la cachonda de mi compañera de habitación trataba de contener la risa con la cabeza ladeada, el hombre corrió a auxiliarme, y es que el leñazo que me metí en las rodillas fue de aquí te espero.

—¿Estás bien, muchacha?

Al levantar la mirada y encontrarme con la suya, deduje que debían existir los ángeles en la tierra porque yo acababa de poner chorreando a uno de ellos. Creo que el impacto que me causó su sonrisa de dientes perfectos fue lo que me hizo olvidar por unos instantes la vergüenza por el desaguisado. Me había quedado muda de golpe.

—¿Estás bien? —reiteró el hombre.

—Oh, sí. Lo siento. Discúlpeme, no sé con qué he tropezado, pero...—le señalé la pernera izquierda, pipando de Coca Cola.

—No te preocupes por mí. Deberías pasar por enfermería para que te limpien eso —me contestó, señalándome las rodillas.

—¿La, la enfermería? —pregunté con voz entrecortada.

—Claro. ¿Eres nueva aquí?

—Sí, acabo de llegar como quien dice.

—Pues bienvenida. Que te acompañe Maggie.

No me sorprendió que supiera su nombre. Lo más probable es que fuese un antiguo profesor de mi compañera de habitación. Más tarde me enteré por ella de que no, de que Harry, que así se llamaba, era profesor de alemán, pero de su hermano, y no daba sus clases allí justamente. Aquel portento físico trabajaba en un instituto a dos manzanas.

—Y el otro que iba con él es John, el majareta del director de este centro—añadió.

—¿Y qué hacía por estos lares?

—Son muy buenos amigos y quedan la mitad de los días para comer. Además, Harry da conferencias aquí de tanto en cuanto. Lo verás más de una vez...

Encantada de la vida, me dije para mis adentros. Cuatro días tardé en volver a verle. Me lo encontré por casualidad en la cafetería de enfrente, ojeando un periódico local, y me reconoció en cuanto me vio aparecer.

—Hey, ¡hola! ¿Cómo están tus rodillas? —Quiso saber.

—Bien, bien, no fue nada —Le mentí por vergüenza. La realidad es que se me estaban haciendo bajo los pantalones dos costras como demonios. Parecía una niña chica con las piernas echadas abajo por las caídas de la bicicleta.

—Me dijiste el otro día que eras nueva, ¿no? ¿Qué te trae por aquí a estas alturas del curso?

Tomando un café con él, le conté ensimismada mi situación, cómo había llegado a caer en aquel colegio mayor y que tenía en él el tiempo contado.

—Quién sabe, lo mismo te enamoras de Escocia y ya no quieres irte de ella.

La sonrisa con que acompañó a la frase me supo a gloria. Es más, al oírle aquello, mi imaginación se desató de golpe y ya me veía yo viviendo allí mi particular cuento de hadas, casada con semejante príncipe escocés.

—No te confíes tanto.

Las palabras de Maggie, que andaba aquel día pachucha en cama, al contarle luego con tanta

emoción el episodio en el bar, me bajaron de la nube en un santiamén.

—¿Por qué dices eso?

—A ver, Valentina, que no es que yo tenga nada en contra de Harry, ¿vale? Pero también te advierto de que ese hombre tiene fama de un tanto mujeriego.

—Bueno, la gente también le da mucho al pico sin saber.

—Ya, pero...

—Lo mismo el hombre no tiene suerte con las mujeres con que se topa.

—Puede ser, yo no digo que no. Ahora ya lleva un tiempo solo, por lo visto. Estuvo un tiempo liado con una mujer, de tu país, por cierto.

—¿Ves? Eso es que le gustamos las españolas.

—Claro, claro. Y va probando suerte con unas y con otras, pero no cuaja con ninguna. Vamos, que te está esperando a ti...

Al decírmelo, se incorporó en la cama y me sonrió de un modo que no supe bien cómo interpretar. No supe si se estaba burlando de mí o si estaba fomentando una esperanza incipiente en el fondo de mi corazón.

A decir verdad, aquel hombre tenía un algo (aparte de esa impresionante fachada) que llamaba muchísimo mi atención y conmigo se había comportado correctamente desde el primer minuto.

Quiero decir que en ningún momento detecté en él ningún gesto ni me hizo ningún comentario típico de esos ligones de turno. Todo lo contrario.

—Oye, ¿sabes lo que te digo? Que mañana, si me encuentro mejor, vamos a ir por la tarde a ver la catedral y los alrededores. Ya verás tú si hay monumentos en esta ciudad por ver...—me anunció mi compañera.

A pesar de todo lo dicho, yo seguía en contacto con Alberto. De hecho, incluso nos habíamos pasado alguna que otra foto por wasap. Yo posando por allí por Glasgow y él, tan guapo y elegante con su toga, en la puerta de la sala de juicios de los juzgados de mi ciudad.

Harry y Alberto eran dos hombres que pertenecían a dos mundos totalmente diferentes y que vivían a muchísimos kilómetros de distancia entre sí.

Otra de las diferencias entre ellos radicaba en que el uno ya me había confesado lo que sentía por mí, mientras que el otro solo me había dado muestras de cordialidad. Tampoco es que hubiera habido ocasión de nada más. Al fin y al cabo, solo nos habíamos visto una vez después del percance en el patio.

A propósito de eso, no fue casual. Simplemente, pagué la novatada entre aquel atajo de estudiantes con ganas de juerga que habían tendido una cuerdecilla a mi paso para que diera semejante trapiés.

Tengo que reconocer que me estaba haciendo el moño un lío, pero no dejaba de pensar ni en el primero ni en el segundo, maldita sea mi estampa. Al día siguiente, efectivamente, Maggie se levantó bastante mejor de su jaqueca y después del almuerzo nos fuimos a dar una señora vuelta por la ciudad hasta casi la hora de la cena.

Me vino bien para despejarme un poco. Recorrimos de punta a punta Buchanan Street, Argyle Street y Sauchiehall Street, tres de sus calles comerciales más famosas, y las múltiples tiendas de todo tipo y centros comerciales ubicados en medio de aquel enjambre de edificios de estilo victoriano.

Por sus pintorescas calles te vas encontrando con infinidad de artistas callejeros y vendedores ambulantes que hacen las delicias tanto de los turistas como de la gente de la zona.

Uno de los puntos visitados que más me gustó fue Merchant City, un elegante y animado barrio en el que las mansiones que en su día fuesen propiedad de los magnates del comercio del tabaco, actualmente sirven de restaurantes y bares de moda a la ciudad.

Eso por no hablar de lo que se conoce como la ruta de arte urbano, una zona de Glasgow en que las calles son un verdadero espectáculo multicolor, con esas fachadas decoradas por tanto talento anónimo suelto.

Yo estaba disfrutando como un cochino en un charco, haciéndome selfies con Maggie por todas partes y ajena al susto que me esperaba a mi vuelta a la que era por aquellos días mi residencia en Escocia.

Al regresar, nos encontramos en la habitación con un sobre con el membrete del colegio que alguien había metido por debajo de la puerta. Estaba dirigido a mí. Dentro de él, una nota del director del centro, convocándome a su despacho al día siguiente a las nueve de la mañana.

No pude evitar asustarme, como decía, pensando en qué habría hecho mal para que aquel hombre a quien solo había visto hasta entonces de refilón quisiera verme con tanta urgencia.

—No le des más vueltas y échate ya de una vez a dormir, Valentina —Maggie intentaba tranquilizarme.

—Es que estoy preocupada, entiéndeme.

—Será cualquier chorrada de las tuyas, ya verás. Ya te dije que a ese individuo le falta un hervor. La madre debió darle un chocado nada más nacer.

La vacilona de mi compañera se echó a reír y apagó la luz de su mesilla de noche. A raíz de eso, ya no dijo ni media palabra más, ni yo tampoco, pero esta que está aquí no sabe bien a qué hora cogió el sueño, dando vueltas y vueltas al coco sobre la almohada.

Lo que sí puedo decir es que pasé parte de esa noche soñé con Harry. En mis sueños, yo también era profesora de su mismo instituto y trabajábamos codo con codo.

¿Un sueño premonitorio? Curiosa la cuestión, porque lo que habría de decirme aquel hombre que me había citado al día siguiente tenía que ver con el tema.

Aunque no podía ni imaginármelo entre las posibilidades que barajé, hora más tarde iba a recibir la propuesta en nombre de Harry para participar junto a él en un proyecto. Ahí estaba el misterio de la nota...

Capítulo 5



Entré en aquel despacho con más miedo que vergüenza. Por mucho que tratara de imaginar, no venía a mi mente ningún motivo para llevarme una reprimenda, pero aun así yo no las tenía todas conmigo.

—Lo mismo es que le has gustado también a John y quiere darte un repaso en su despacho. — La puñetera de Maggie me puso más nerviosa todavía.

—¿Qué dices? A mí ese no me toca ni con un palo, vamos, hasta ahí podía llegar la broma.

—¿Y si te promete una matrícula de honor? Mira que eso le podría hacer mucho bien a tu currículum.

—Tú sigue metiendo el dedo en la llaga...

Maggie era una guasona de tomo y lomo. Así hubiese sido el último hombre del mundo no habría tenido yo nada con el pavisoso de John. Con ese pensamiento, toqué con los nudillos en su puerta.

Lo insigne de su despacho me hizo ver que, efectivamente, aquel hombre y yo éramos como la noche y el día. Austero, pero rezumando un estilo clásico que tiraba para atrás, lo primero que percibí fue aquella impresionante mesa, de un estilo tan tradicional que imaginé allí al mismísimo Cervantes escribiendo el Quijote.

—Valentina, toma asiento—me dijo antes de que desviara mis ojos de los suyos y viera sentado, a un lado de su mesa, a un expectante Harry que me dedicó la más amplia de sus sonrisas.

—Buenos, buenos días a los dos...—titubeé sin saber muy bien de qué iba aquello.

—No te voy a hacer perder el tiempo—me comentó mientras mis ojos se clavaban en los de Harry, por lo que no presté demasiada atención a sus palabras.

—¿Cómo? —Volví la cara y comprendí que más me valía prestarle algo de atención a John.

—Te decía que no te haré perder el tiempo...

¿Me iba a expulsar y lo que estaba tratando de decirme era que en un periquete estaría volando de vuelta a casa?

En cuestión de un momento hice un repaso mental que no se lo saltaba un galgo. Unas noches atrás habíamos hecho una fiestecita en la habitación, Maggie y yo, a la que acudieron algunas otras de las chicas del colegio mayor para darme la bienvenida.

Pensándolo bien, pimplar sí que habíamos pimplado un poco, y quizás lo del tema del ruido se me hubiera ido un poco de las manos. Pero de ahí a ponerme de patitas en la calle, había un trecho.

La fina capa de sudor que perló mi frente debió delatarme.

—¡Hey! ¿Estás bien? —me preguntó Harry, quien tan absorta como yo estaba en mis pensamientos, apenas había tenido ocasión de saludarme.

—Yo, yo...—titubeé nuevamente.

Un momento, un momento... Había algo que no me cuadraba en absoluto. Que vale que John y Harry fueran muy amigos y toda la película, pero si John me iba a echar una bronca, ¿qué pintaba allí el highlander de mis sueños?

Nada, no pintaba nada. Que los comprara quien los entendiese, aunque, si de Harry se tratase, yo compraría todos los números del sorteo, en el caso de que fueran a rifarlo.

—Valentina, ¿pido que te traigan un vaso de agua o algo?

El “algo” bien podía ser un potente ventilador, porque mis orejas echaban fuego. ¿Qué me estaba pasando?

Recordé las palabras de mi madre, aquellas que me dijo varias veces antes de mi partida a Glasgow:

—Valentina, bonita, vas a vivir una experiencia inolvidable, pero también piensa que habrá situaciones que te van a descolocar.

—No creo, ¿no, mami? Ya sabes que el método didáctico de mi universidad nos prepara para situaciones de lo más diversas, para que sepamos desenvolvernos en distintos entornos.

—Y eso está genial, cariño, pero luego llega la vida y te coge de sorpresa. Ya sabes “*la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida*” —canturreó con su sempiterna sonrisa.

Adoraba a mi madre, esa era la realidad. Y adoraba también toda esa serie de consejos que me daba. Aquella mujer era más lista que el hambre y apenas solía equivocarse cuando me daba uno de ellos.

Debía tener una especie de viejo en la barriga o algo parecido, porque de nuevo dio en el clavo y allí estaba yo, con más miedo que once viejas, sin saber qué tenían que decirme aquellos hombres; el que tenía falta de un hervor y aquel otro al que sería yo quien le diera un buen repaso. Aunque, en honor a la verdad, merced a su fama y a su aspecto, más parecía que sería él quien me lo diera a mí.

—Sí, un poco de agua, por favor—acerté a responderle a duras penas, rezando porque el líquido elemento fuera capaz de rebajar el ardor de mis orejas.

—Siéntate mientras, pues...

—Ok, ok, a ver, yo lo único que querría decir es que, si todo esto obedece a la fiestequi de la otra noche en nuestra habitación, lo siento mucho, pero es que...

—¿De qué fiesta me estás hablando, Valentina? Yo no tengo conocimiento de ninguna fiesta—me dijo John y entonces fue cuando casi hiperventilo, ¿podía ser yo más bocazas?

Ante tan bochornosa situación solo me quedó por murmurar un “ah, ¿no?”, que hizo que Harry se carcajeara abiertamente.

—Yo tampoco tengo conocimiento de ninguna fiesta, pero cuéntanos, por favor—me invitó a seguir hablando, entre risas, y casi me desmayo de la vergüenza.

—No, es solo, que...

—Dale mujer, cuéntanos en qué consistió esa fiestecita. —De nuevo Harry a la carga, que parecía otro bromista como Maggie, estábamos apañados.

Y si, lo cortés no quita lo valiente, y el hecho de que Harry fuera amable, educado y caballeroso por demás, no era óbice para que también le gustase el cachondeo más que a un tonto un lápiz.

—No le hagas caso. —Por suerte, John, que era bastante más apocado, me echó un cable.

—Y si no es el del tema de la fiesta, ¿para qué me habéis citado?

Yo con Harry me citarían en distintos lugares y para hacer una y mil cosas, se me ocurría, pero no precisamente en el despacho de John.

—Pues porque Harry quiere hacerte una propuesta. Como sabes, él es profesor de instituto, pero colabora activamente con nuestra universidad, llevando a cabo distintos programas de éxito que garantizan la integración entre estudiantes de distintos países.

—Ahh...—Fue lo único que acerté a decir mientras un mordisquito delator en mi labio inferior despertó la sonrisa de un solícito Harry que no me quitaba ojo de encima.

—Sí, verás—carraspeó ese highlander que tanto me ponía—, lo que está queriéndote decir John es que me encantaría que, dado tu carisma, tuvieras a bien ayudarme en un proyecto que deseo llevar a cabo entre los chicos de mi instituto y los estudiantes de intercambio que tenemos en él este curso.

¿Mi carisma? ¿De qué carisma estaba hablando? Si yo estaba chorreando sudor solo de estar en aquella reunión, y no solo porque la presencia de Harry caldeara el ambiente en varios grados...

—Pues tú dirás—le insté a que siguiera contándome antes de que la cabeza dejara de darme vueltas.

—Sería una especie de cita a ciegas—me espetó y el agua, que la secretaria de John acababa de poner en mis manos, salió despedida en dirección a la camisa de Harry. Sí, sí, no el vaso entero, en esta ocasión fue peor, porque la que disparé fue la del buche que tenía en la boca.

“Me muero, me muero”, pensé sin más remedio mientras notaba que las vueltas de mi cabeza se intensificaban al mismo tiempo que lo hacían mis latidos cardíacos.

No había pasado más vergüenza en mi vida, no, no me estaba muriendo, pero sí me quería morir...

—Dime que es agua y no algún tipo de corrosivo—bromeó Harry—, porque esto se está convirtiendo en una especie de tradición. Si tienes algo más que tirarme encima, hazlo ahora o déjalo para siempre—entonó muy solemne y yo sentí que la cabeza se me iba.

—Yo, no, no pretendía, lo siento...

Fue inevitable. Tanto me corté que las lágrimas asomaron a mis ojos, de la vergüenza que quería contener...

—Valentina, por favor, ¿estás llorando? —Harry se levantó y, de lo más amoroso, me dio un toquecito en la nuca al tiempo que me ofrecía una preciosa sonrisa con la que me indicaba que estaba bromeando.

—Ni se te ocurra hacerle caso a este hombre. Hace mil años que lo conozco y solo habla en serio cuando se emborracha, que lo sepas—me soltó Harry mientras con el dorso de mi mano derecha borraba yo la bochornosa huella del delito en forma de lágrimas en mis ojos.

—Pues claro, mujer, estaba bromeando. No ha tenido ninguna importancia, tú puedes refrescarme siempre que te plazca. Mira para que no te sientas mal cuando lo hagas, te voy a nombrar “refrescadora oficial del reino”, ¿te parece?

Harry se echó a reír abiertamente y yo no tardé en ir detrás, lo mismo que John.

Con una sola broma acababa de quitarle todo el hierro al asunto. Suspiré, respiré hondo y me propuse partir de cero con la conversación.

—¿Y en qué consisten esa especie de “citas a ciegas”? —le pregunté ya con el vaso apoyado en la mesa de John, a buen recaudo.

—Pues verás, hemos detectado que hay alumnos venidos de distintos países a los que por su edad (hablamos de chicos de entre quince y diecisiete años), les cuesta un poco relacionarse con los nativos. Ahora tenemos un grupo de españoles recién llegados a quienes estoy seguro de que les podrías echar una mano.

—Cuenta, cuenta. —Me pareció interesante y eso que aquello tenía que ver con mis estudios de Economía lo mismo que tenían en común el atún y el betún.

—Pues que considero que tú podrías ser una estupenda moderadora. Obvio que no son citas como tales, sino encuentros informales en los que un alumno extranjero y uno de aquí, quedarían para encontrar puntos en común que den pie a una charla instructiva para ambos.

—Vale, vale, que no tengo que hacer de celestina ni nada parecido, que el tema es bastante más normalito, me había asustado—confesé.

—Claro que no, mujer, que estamos hablando de un instituto, no de una casa de citas...

Las palabras “casa de citas” en boca de Harry no se me fueron por alto. Yo no apreciaba en él el matiz de mujeriego con el que Maggie le asociaba. Y mucho menos con cuestiones más sórdidas...

Claro que igual mi amiga Alba me habría dicho que eso era porque yo me había caído de un guindo, frase que solía dedicarme día sí y día también. No le faltaba razón algunas veces, porque yo no es que tuviera un bagaje de relaciones que fuera del otro mundo, pero... No me lo parecía y punto final.

—Vale, vale, eso ya me deja más tranquila.

—No te llevaría demasiado tiempo, máximo un par de horas por semana para moderar los encuentros y reconducirlos un poco en el caso de que sea necesario. Ya sabes, los chicos españoles te verán como una especie de hermana mayor y se sentirán más cómodos.

No había mal que por bien no viniera. Al final iba a tener una ensarta de hermanos menores, con tanto como había lampado yo por tener, aunque fuera uno.

—Vale—no vacilé en contestarle y vi el entusiasmo en los ojos de Harry.

—¿Vale? —Sonrió él más feliz que una perdiz.

—Claro, dime cuándo tengo que aparecer por allí, todo sea por hacer una buena labor con esos chicos.

—Pues, si te parece, quedamos esta tarde a las cinco en mi despacho y te lo explico todo.

—¡¡Hecho!!

Capítulo 6



Es cierto, no tenía demasiado que pensar. Con lo que me empezaba a molar Harry, cómo para decirle que no a nada de lo que me propusiera...

Además, me halagaba tela que me hubiera escogido a mí para uno de sus proyectos. Sí, para uno, porque según me había contado John antes de que saliera de aquel despacho, Harry era una especie de gurú de la enseñanza que gozaba poniendo en marcha distintos experimentos cada dos por tres.

Aunque para goce el que le daría yo a él, que ese hombre me ponía taquicárdica nada más verlo. Por no decir que casi literalmente, que no paraba de tener altercados físicos cada vez que lo veía, ¡vaya susto! Pero susto, mejor que muerte... Y eso que en brazos de aquel highlander me dejaba yo morir...

¿Y en cuanto a él? ¿Qué tenía yo para que me hubiera elegido entre las estudiantes españolas que estaban en el mismo colegio mayor procedentes de otras universidades?

Pues música en el ombligo, como decía mi amiga Alba en estos casos, no debía ser, porque a mí el highlander en cuestión no me había visto el ombligo, que ya me gustaría, ya...

—Ten cuidadito que no digo yo que el ombligo, hasta la campanita va a quererte ver ese—me alertó Maggie cuando le conté el motivo de mi citación.

—No caerá esa breva, pues anda que no me gustaría a mí nada jugar con él a los médicos.

—Pues nada, nada, te llevas el disfraz de enfermera porno a su despacho y barra libre... Pero luego no me vengas con lagrimitas si te rompe el corazón, que ya te digo que hay algo en él que no me concuerda del todo.

—O sea que no lo ves tú como el yerno ideal para mi madre, lástima, yo que le había vaticinado una legión de enanejos escoceses a la mujer.

—Tú, por si acaso, llévate una caja de condones, no sea que no una legión, pero uno sí te caiga. —Me guiñó el ojo.

No podía faltar más. En ese instante, y como si hubiera tenido puesto el oído, recibí un mensaje de Alberto.

“Las chicas guapas españolas tienen que estar de lo más solicitadas en Glasgow. ¿Ya no tienes tiempo para mí? Echo de menos tus mensajitos. Te deseo un precioso día”

Ostras, me sentí un poco culpable. Eso de jugar a dos bandas como que no me gustaba nada, pero poniendo los pies en el suelo, yo no tenía nada con ninguno de los dos por mucho que me gustaran.

Pese a ello, honestamente no había color. Yo no sabía si era la cercanía, pero Harry le estaba ganando por goleada a Alberto. Además, el pelirrojillo me hacía más chispa por momentos. Quizás fuera lo exótico de la situación, pero yo, que era una romántica empedernida, había leído más de una docena de novelas románticas en las que la chica era seducida por un highlander de

pro que la dejaba boquiabierta desde el primer encuentro.

—Me está escribiendo Alberto—le comenté a Maggie.

—Desde luego que unas tanto y otras tan poco. Como esto siga así, les vas a tener que dar hora.

—Anda ya. Aparte, de tener que elegir, yo me quedo con el highlander, qué quieres que te diga.

—Te van las emociones fuertes, ¿eh? Pues nada, ese seguro que tiene una mecha para encender la pasión en vuestros encuentros que ya me contarás. No es por nada, pero ya sabes que tienen una fama que es una pasada.

Sí, sí que lo sabía. Y esa fama debía ser merecida porque dicen que un clavo saca a otro clavo y a mí, desde que había aparecido Harry, el recuerdo de Alberto como que se me estaba difuminando.

—¡Toma ya! Y después la marcha me va a mí, menuda burrada la que acabas de soltar por la boca.

—Venga, no me seas sosa, que tú lo que estás buscando es un buen meneo, a robar vas a venir a la cárcel. Y que sepas que te hablo desde la más profunda y cochina de las envidias, ¿eh?

—Eso, eso, la sinceridad al poder.

—Pues nada, ¿has quedado con él a las cinco? Yo de ti me iba depilando desde ya, no vaya a ser que la inspección sea completa. —Su libidinoso guiño de ojo me hizo reír.

—Quita, quita, que yo tengo hecho el láser ya hasta en el cielo de la boca, tontuela.

Estaba expectante, esa era la realidad. A las cinco de la tarde, como un clavo, toqué con mis nudillos en la puerta de su despacho.

Mis pantalones tejanos en tono caldera, combinados con aquel jersey blanco y abrigo, boina y botas en tono camel, me daban un aire casual que no pasó desapercibido a sus ojos. Como tampoco lo hizo el hecho de que mi paraguas rezumara agua por doquier.

—¡Hey! ¿Has venido en canoa? —me preguntó nada más verme, mientras corría a quitarme el paraguas de las manos para ponerlo a secar.

—No, pero casi, ¿no deja de llover nunca en esta ciudad? —le pregunté apretando los dientes y casi exprimiendo la boina.

Maldita sea, y eso que me había desplazado en taxi, pero fue bajarme de él y pillarme aquella ventolera que desplazó mi paraguas tan lejos como pudo sujetarlo mi brazo. Y el resultado fue una boina chorreando y unos pelos de rata que para qué... Y habría estado yo media hora alisándome el cabello con las planchas de última generación regalo de mi madre.

—De vez en cuando. Pero no te preocupes, te acostumbrarás...

—No creo, antes de que llegue ese glorioso momento yo ya estaré de vuelta en España, ¿sabes?

—Nunca se sabe, ya lo veremos. —Su miradilla desafiante me puso.

Yo bromeé para mis adentros pensando en eso de que *“si tú me dices ven, lo dejo todo...”*

—Poco hay que ver, esto son habas contadas. Demasiada lluvia aquí.

—Pero no me vayas a decir que no te has enamorado de esta ciudad porque no me lo creo.

Hombre, la ciudad era para enamorarse y los especímenes que la poblaban, como él, más todavía...

—Bueno, lo que he visto hasta ahora se mete bastante por el ojo, pero tampoco creas que me ha dado tiempo de tanto. Tengo la sensación de que los días pasan muy rápido desde que estoy aquí.

—Pues eso no es bueno, hay que disfrutar de todos y cada uno de los momentos. Yo soy de los que piensa que hay que desconectar siempre y en todo lugar.

—Pero es que la vida del estudiante es muy ardua—me quejé.

—Estoy al corriente, fiesta para arriba y fiesta para abajo, así no hay quien se concentre.

—No seas malo, que entre fiesta y fiesta también queda alguna hora para estudiar—bromeé.

—Ahora en serio, ¿tú eres muy fiestera?

—No creas, si se terciara, pero yo soy más de fines de semana tranquilos y...

Me callé justo a tiempo porque iba a decirle un “en pareja” que no pegaba ni llegaba en ese momento. Solo faltaba que pensara que le estaba tirando los trastos a saco, de eso nada.

—¿Ibas a decir en pareja? —Enarcó una ceja para preguntármelo.

—Iba a decir en buena compañía. —Reaccioné todo lo rápido que pude, pues Harry tenía pinta de saber más que Briján y yo no tenía ganas de que me tomara por una pardilla.

—Bueno, sea como fuere, estoy seguro de que te gustaría conocer una típica casa de la zona. No es por nada, pero la mía es francamente bonita. ¿Te gustaría venir este fin de semana?

—¿Cómo que si me gustaría ir?

—Mujer, pues como se hacen esas cosas. Tú me dices la hora, yo te recojo en el coche, te llevo hasta allí y tú me dices que tengo un gusto exquisito y blablablá...

No sabía si era un jeta, un mujeriego como decía Maggie o si solo me quería hacer la rosca para quedar bien, pero el caso es que a mí lo de poner los pies en su morada, fuera humilde o no, como que me atraía cantidad.

—¿Y se puede saber por qué razón debería ir? Dame una, que sea buena, y a lo mejor me lo pienso.

—Porque te vendrá bien desconectar y tú tienes cara de ser buena amazona. Y, en cuanto a mí, tengo buenos caballos...

—¿Tienes caballos? —Los ojos se me abrieron como un búho, pero lo mejor del caso es que no sabía yo cómo diantres sabía el dato de que a mí me gustaban los equinos. De repente caí en que ese era uno de los datos que estaban en mi currículum y en que, por tanto, John no debía ser la discreción personificada.

—¿Te lo ha dicho John?

—¿A mí? Para nada, para nada. En todo caso, si he acertado, es que tengo dotes de adivino.

No, vale que ya me resultara extraño pensar en Harry con la faldita de cuadros puesta, pero lo del pañuelo en la cabeza, eso sí que no lo veía.

—Ya, ya, mucho morro es lo que tú tienes.

Y, claro, hablando del rey de Roma, la vista se me fue precisamente ahí, a sus morros, que eran gruesos, tersos, brillantes y parecían pedir a gritos ser besados.

No obstante, lástima, porque ni yo me iba a tirar encima de él por mucho que lo deseara, ni era eso lo que quería en el fondo. Me lo dijo el pellizco de mi estómago antes de entrar en su despacho, que se intensificó una vez lo tuve delante.

Harry era un hombre cien por cien interesante, de esos que te imaginas como príncipe azul de tu particular cuento de hadas.

—Seguro que has estado cotilleando mi currículum—añadí.

—Vale, vale, lo confieso, pero solo un poco.

—¿Solo un poco? Soy muy joven, tiene dos páginas únicamente, ni que fuera la Biblia...

—Pues nada, que una ojeadita rápida. No le echas la culpa a John, él lo tenía encima de su mesa y yo soy un poco rápido con las manos.

Una capa de sudor perló mi frente, y en este caso no fue fina. Cielo santo, ¿lo había dicho con segundas? Harry rezumaba elegancia, pero también tenía ese toque pícaro que me desconcertaba más por momentos.

—Ya, ya...—No quise mojarme, no fuera a ser que empeorara las cosas y me metiera en un atolladero del que no supiera cómo salir, aunque para mojada mi melena.

—Estás muy guapa, así. —Indicó mi pelo, que chorreaba agua.

—¿Bromeas? Estoy como una rata, qué vergüenza...

—¿Qué dices? Le da un toque salvaje fascinante.

—Eso ha sonado a gacela del *National Geographic*—le contesté para salir un poco por la tangente, pues su comentario me halagó en extremo, pero también me dejó fuera de juego.

—Pues nada, otro punto en común, también nos gusta la naturaleza a ambos, ¿vendrás el viernes por la tarde a mi casa? No te arrepentirás, te lo garantizo.

—¿El viernes por la tarde? Es que Maggie me ha hablado de una fiestecita esa noche y...

—¿Pensabas quedarte por la noche? —Quise que la tierra me tragara porque ahí sí que había metido la pata. —Yo hablaba de una merienda, pero estaría encantado de que pasaras allí el fin de semana.

—¿De qué hablas? —Desvié el tema como pude—. Me refería solo a que no sé si volvería a tiempo de unirme a las chicas.

—Si ese es tu deseo, no te quepa duda. Tendrás mi coche a tu disposición para volver a la hora que me indiques, chófer incluido.

—¿Tienes chófer? —Lo miré con extrañeza.

—No, mujer, el chófer es servidor, que es muy apañado. A ver si te lo voy a tener que explicar ahora todo.

Una nueva frase que daba lugar a que mi imaginación volara, aunque no hacía falta, puesto que lo estaba haciendo desde el mismo instante en el que recibí una invitación para ir nada más y nada menos ¡que a su casa!

Capítulo 7



—Yo no es por nada, pero te vas a meter en la mismísima boca del lobo, después no te quejes si te da un mordisco con la bocaza esa grande que tiene—me advirtió Maggie hasta con el dedo levantado.

—¿Tú también te has fijado en su boca? —le pregunté como si tal cosa.

—Hombre, si te parece, vas a ser tú la única que tenga ojos en la cara, no te fastidia... Que una cosa es que a mí no me vaya ni me venga ese tipo y otra que lleve puesta una venda. De hecho, tú todavía no has asistido a una de sus conferencias, ya verás...

—¿Qué es lo que veré?

—Pues el éxito que tiene, chica, ¿sabes? Es la bomba, cuando se da la vuelta siempre salta alguna y le dice algo sobre su culo.

—¡No fastidies! ¿Así de suelta va la gente? Me quedo loca.

—Las hay con muchas tablas, sí, prepárate para que le digan toda clase de improperios a tu chico—bromeó al referirse a él de esa forma.

—Eh, cuidadito, que no nos vamos a casar, ¿eh?

—Eso ya se verá, vamos por partes.

—Claro, claro, si lo único a lo que me ha invitado es a montar a caballo, animal.

—Por ahí se empieza, por montar a caballo y se termina por montar...

—No vayas a decir una de las tuyas, ¿eh? Que capaz eres de soltar que a pelo.

—No, no, eso sí que no te lo permito, de a pelo nada, que antes se la plastifico yo al highlander que permitir que te haga un bombo, fijate lo que te digo.

—Qué cosas dices amiga, en mi tierra a eso se le llama “las cosas claras y el chocolate espeso”.

—Pues, hablando de chocolate, te invito a uno.

Pasé el resto de la tarde con Maggie y, entre bromas, le conté cómo iba a ser mi labor en el proyecto de Harry.

El viernes me levanté absolutamente expectante. La tarde anterior había recibido una llamada de teléfono del highlander en la que me instaba a ponerle hora a nuestro encuentro.

—No sé qué decirte, ¿cuál ves tú?

—La del almuerzo, la del almuerzo, esa es la mejor. Paso a recogerte en cuanto salgas de clase. Por cierto, tengo ganas de que llegue.

Me despidió con “un beso” y, en conjunto, todo me sonó a melodía.

—¿Vendrás a la fiesta o te llevas la maleta para instalarte definitivamente en su casa? —me preguntó con retintín.

—Sabes que vendré, no me la perdería por nada del mundo.

—Piensa que igual él te enseña cosas que puedan tentarte mucho, pero tú sé fuerte, ¿eh?

Resiste, Valentina, que las fiestas de chicas son contadas y hombres hay a patadas.

Sí, sí que los había a patadas. Pero no como aquel, el highlander con el que me no paraba de comerme el tarro...

—Calla ya, demonio. Estaré de vuelta máximo a las diez y ni se os ocurra beberos mi parte, ¿estamos?

—Estamos. Y otra cosa. Van a venir Rose, Diana, Sarah y Amelie, la francesa.

—¿La víbora esa? Anda hombre, no me fastidies. ¿Quién le ha dado vela a la franchute en este entierro?

—Pues ha sido Sarah, que se ha ido de la lengua, ya sabes cómo es.

—Más tonta que una caída de espaldas, sabes que la tal Amelie tiene una fama de enredadora que no es normal. Todavía nos mete en un lío y los de fuera somos los que tenemos más que perder, nos meten en un paquete y de vuelta a casa.

—No exageres anda, que no es para tanto. Cierto que tiene su guasa, pero seguramente lo único que quiera sea pasárselo bien, como cualquiera.

—Hombre, no creo que su intención sea la de jorobarnos de entrada, pero no te fies ni un pelo.

—Y tú no le des más vueltas al asunto y tira ya para casa de Harry, que ese te tiene que haber preparado un plan sensacional.

—Pues vaya plan—le respondí con guasa.

—Tira y ya me contarás luego.

Tiré, tiré. Lo hice con un precioso vestido de punto en tonos azul eléctrico y gris que combiné con botines, boina y abrigo negros.

Pude ver un “wow” en sus ojos que no tardó en complementarse con un “estás preciosa” al subir al coche.

—Gracias—murmuré un tanto azorada y sin saber muy bien cómo actuar.

La situación oficial era que se trataba de un profesor y una alumna colaboradora que iban a pasar la tarde juntos, pero la verdad era que en aquel coche había un nivel de peluseo que hacía saltar todas las alertas.

—No tienes por qué darlas, solo he dicho la verdad, es una fea costumbre que tengo—me confesó al oído y aquel murmullo erizó mi piel.

—¿Una fea costumbre? Creo que decir la verdad es maravilloso.

—Depende de para quién, hay mucha gente que prefiere las verdades encubiertas o quedarse a medias o...

—No es mi caso. Yo valoro la sinceridad por encima de todas las cosas—sentencié.

—Eso repítemelo el día que te diga algo que no quieras escuchar, en aras de la sinceridad. — Me guiñó el ojo y el erizamiento de mi piel alcanzó proporciones desconocidas para mí.

—No, te lo digo en serio, yo prefiero saber siempre la verdad. No veas si me fastidia la gente mentirosa, igual que la hipócrita.

—Pues por esa parte te puedes quedar tranquila que yo, otras faltas tendré, pero no son precisamente esas.

—¿Y se puede saber alguna de ellas? Me encantaría escucharlas.

—¿Cómo? ¿Quieres que me venda mal? Ni harto de whisky. Eso sí, si te apetece, te invito a que me conozcas de primera mano.

—No es mal ofrecimiento, pero no se conoce a las personas en un puñado de semanas.

—Ya sabes que soy un poco brujo y te digo yo que no te vas a ir cuando terminen. Hay algo en Escocia que te va a enamorar, solo te falta descubrir qué es.

—Sí, sí, tú tienes de brujo lo que yo de santa.

Esquivé el tema como pude, porque los escalofríos comenzaban a hacer mella en mí.

Sentada en el asiento del copiloto de su impresionante coche sentí que teníamos una intensa e interesante tarde por delante.

Se veía que los profesores escoceses estaban mejor pagados que los españoles. Mi teoría se fue a pique cuando llegamos a la puerta de su mansión, porque Harry no vivía en una casa sino en una mansión, con todas las letras. Y eso no podía salir de un sueldo.

—No jorobes que esta es tu casa—le solté silbando mientras abría la sublime verja de hierro.

—No jorobo, pero me parece que sí—me soltó mientras veía cómo mis ojos hacían chiribitas.

Yo estaba acostumbrada a vivir bien, muy bien, pero el lujo y la elegancia de aquella mansión eran palabras mayores.

De estilo victoriano y situada sobre una colina de la costa escocesa, su casa se me antojaba idílica, bucólica y podría decir, a bote pronto, que hasta romántica, dado el halo que la envolvía.

—Es, es...—Me quedé sin palabras.

—Te dije que te gustaría. —Ni corto ni perezoso, aprovechó para hacerme una caricia en la mejilla.

Entre los nervios que me entraron y las ganas que tenía de inspeccionar aquella exclusiva casa como era debido, me bajé de un salto del coche.

Sus interminables jardines me ofrecieron un mullido suelo sobre el que daban ganas de saltar. Precioso y sin estridencias, en aquel lugar daban ganas de quedarse a vivir, con una arboleda tan abundante que bien podría servir de morada al mismísimo Robin Hood y a los suyos.

Rincones magníficos se observaban desde cualquier prisma de un jardín que invitaba al relax en su fabuloso porche.

El cielo plomizo de Escocia le otorgaba el broche de oro al conjunto. Sentí como, si al entrar en aquel sitio, lo hiciera en otro mundo, penetrando en un entorno tan mitológico como fantástico.

El encanto y la tipología única de la zona se complementaban a la perfección con una casa de dos plantas regada de múltiples y encantadoras estancias; entre las que destacaban el amplísimo comedor, cien por cien, acogedor y la formidable cocina totalmente equipada y con chimenea incluida, lo mismo que el salón.

Como colofón, una buhardilla de ensueño equipada con un dormitorio, sala de estar y estudio que conformaba el retiro de Harry, según me contó.

—Era el lugar preferido de mi madre y ahora también lo es el mío—me comentó cuando vio cuánto abrí los ojos al entrar en él.

—¿Esta casa era de...?

—Sí, de mis padres. Digamos que ambos amasaron una considerable fortuna a lo largo de los años, gracias a las múltiples clínicas dentales que repartieron por todo el país, en forma de franquicia.

—¿Y ahora? ¿Están jubilados?

—Jubilados eternamente me temo. Mis padres y mi hermana Beth murieron hace cinco años en accidente de tráfico durante un viaje a África.

—Qué horror, lo siento muchísimo.

—Gracias.

—Pero entonces, ¿tú eres el único heredero de su fortuna que incluye las clínicas dentales?

—Eso parece, bonita. Ya sabes, si necesitas un tratamiento dental no tienes más que decírmelo, aunque lo dudo, porque tus dientes son como perlas. Me fijé en ellos desde la primera vez que te

vi. Ya sabes, gajes del oficio.

—Pero ese no es tu oficio. A ver, según yo lo veo, tú eres uno de los empresarios más importantes del lugar y vives...

—Dando clase en un instituto, correcto.

—Pues me lo tienes que explicar, porque no lo entiendo.

—Pequeña, yo estoy muy agradecido a la vida por haberme dado tantas comodidades, aunque ojalá hubiera tardado mucho más tiempo en recibir esa herencia que tan maldita me pareció. Sin embargo, siempre tuve muy claro que quería dar clases a los chicos.

—Pero entonces, lo haces por cualquier cosa menos por dinero, que ese veo que te sobra.

—Lo hago por pasión, porque yo no sé hacer las cosas si no es por esa razón, creo que me explico.

—Como un libro abierto, te explicas como un libro abierto.

Pero, para abierta, como se me había quedado a mí la boca viendo el lugar en el que el highlander aquel tan chulo vivía. Y encima, apasionado.

Mientras nos servían el almuerzo, que por lo visto había allí dos personas permanentemente de servicio, Harry me tomó una bonita foto en su salón que no tardé en enviarle a Maggie mientras él fue a la cocina a dar unas indicaciones.

«¿Qué te parece cómo se las gasta el highlander? No solo es un bombón, sino que encima vive en el mismísimo paraíso».

«¿Qué dices? Si hasta me han temblado las manos al contestarte. No puede ser, ¿no será una trola? Mira que igual la ha alquilado para encandilarte».

«¿Sabes lo que costaría alquilar esto? El sueldo de varios meses de un profesor y solo por un finde. Tú estás loca».

«No, si encima vas a dar el braguetazo del siglo. No sé cómo te las ingenias, pero tienes un imán para las cosas que es un chollo. Disfruta».

—¿Todo bien? —me preguntó él mientras avanzaba hacia mí con unas limonadas en la mano y yo soltaba el móvil.

—Mejor que bien. Le estaba contando a mi amiga Maggie que me has secuestrado, pero que como es en una jaula de oro, no me importa mucho—bromeé.

—De lo que puedes estar segura es de que me gustaría secuestrarte, que la jaula sea de oro, eso ya lo pongo un poco más en duda.

Pues si no era de oro, sería de titanio, pero allí el lujo y el buen gusto saltaban como pompones.

Según tuve el placer de escucharle de viva voz, su madre era una mujer elegante donde las hubiera que quiso hacer de su hogar un lugar único, lo que se respiraba en cada uno de sus recovecos.

—Está casi todo como ella lo dejó. Yo no tengo gusto para la decoración y, además, me hubiera parecido un sacrilegio hacer cambios demasiado pronto, lo que no quiere decir que...

—¿Qué no quiere decir?

—Que si algún día vive aquí una bellísima dama de gusto exquisito pueda hacer y deshacer a su antojo, que entiendo que también hay que renovarse o morir. Por cierto, ¿te he dicho que tu

gusto es exquisito?

Chinita tirada y yo que tuve que reírme.

—No, no me lo has dicho, aunque yo ya lo sabía.

—Si es por la parte que me toca, tienes toda la razón—se aventuró a decir y comprobé que era vacilón hasta decir basta.

—¿No tienes abuela?

—Va a ser que no, solito y desvalido en el mundo estoy. —Puso ojitos de cordero degollado y sí, ganas daban de abrazarlo... Y hasta de comérselo.

Hablando de comida, menudo derroche de ingenio y de cocina selecta el que nos sirvieron.

—Pero si es comida española...—le comenté cuando la vi, sin poder dar crédito a lo que tenía delante.

—¿Y qué esperabas? Pues como tú, ¿o es que eres india?

—¿Es broma? ¿Cómo es posible? No puedo creerlo.

—Tiene una explicación muy sencilla. Mi madre era una gran amante de España y de su gastronomía. Visitó tu país varias veces y llegó a la conclusión de que era el lugar en el que mejor se comía en el mundo.

—¿En serio? Porque amén, yo también lo veo.

—Y tan en serio. De modo que contrató a Manoli, una señora del sur de España, de Málaga, que lleva toda la vida con nosotros y que hace que yo tenga que visitar el gym día sí y día también para que sus delicias no se vayan donde no deban.

Podía jurar que tenía el tema controlado porque, de lo que se vislumbraba a través de la ropa, aquel abdomen no albergaba un centímetro de grasa ni lo había hecho jamás. Harry parecía estar cincelado milímetro a milímetro.

Capítulo 8



Cantarina, risueña y encantada. Así iba en el coche de vuelta al colegio mayor con Harry, de quien ya sabía su edad exacta, treinta y siete años de lo mejor llevados.

—¿Será mucha diferencia? —me preguntó entre bromas a media tarde cuando los comparó con mis veintidós.

—¿Para qué? —le contesté yo muerta de la risa en aquel sofá en el que tomamos el té tras el almuerzo.

—Para presentarme a tus padres como tu prometido, querida—me dijo dándome un beso en la mano.

Llevábamos horas de tonteo cuando caí en la cuenta de que allí no había escuchado ni un solo relinchar de caballo, ni visto cuadra alguna.

—Un momento, un momento, un momento—le dije y a él pareció interesarle mucho mi reacción.

—Cuéntame bonita, ¿qué te pasa?

—Que tú eres un cobista.

—¿Cómo?

—Que sí, que sí, no te hagas el tonto, que me has dado más coba que a un chino, que tú no tienes caballos.

—Ah, ¿no? Pues mira que me habré equivocado, yo que creí que había unos cuantos corriendo por aquí, fíjate lo que son las cosas.

—Muy gracioso, eres muy gracioso. —Enarqué una ceja.

—Vale, vale, me has pillado. No hay caballos, pero podría haberlos si a ti te apeteciera, ¿no te ha pasado esa posibilidad por la cabeza?

—Pues no, la única posibilidad que se me ha pasado por la cabeza es la de que estás loco, ¿sabes?

—Un poquillo sí que lo estoy, pero por ti. Desde que te he conocido no sé lo que me pasa, pero solo puedo pensar en ti.

—Huy, qué trola, eso se lo dirás a todas.

—Mucho me temo que te han ido con el cuento, ¿no es eso?

—No tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

Sí que la tenía, pero no iba a delatar a Maggie, antes muerta.

—Bonita, no hagas caso de todo lo que se diga. A veces las personas somos víctimas de un complot, de un capricho del destino o de vaya a saber usted qué y entonces...

—Entonces, se supone que debo hacer oídos sordos a todo lo que me digan y fiarme de ti, ¿no es eso?

—Exactamente—asintió con la cabeza.

—Muy bien, y después ya, si eso, me cuentas también una de vaqueros.

—No seas malilla, anda. Créeme que hay cosas de mí que debes saber, pero no en este momento. Dejemos que las cosas fluyan...

—¿Qué tiene que fluir? Yo lo único que sé es que he venido aquí a montar y no hay caballos ni niño muerto—concluí entre risas.

—¿Te animas a dar conmigo una vuelta por los jardines? —me preguntó mientras peinó un mechón de cabello que caía sobre mi cara.

—Venga, vamos, pero prepara un patinete, que eso debe tener un trabajo.

Noté cómo su cuerpo buscaba la cercanía al mío mientras hacíamos aquel recorrido exterior. Entre su actitud y lo que yo lo deseaba, sentí un calor en mi interior que no me permitió experimentar el frío que allí hacía en toda su extensión.

—La tarde no puede ser más gélida, ¿quieres que nos refugiemos ya en la casa?

—No, no es necesario. Tampoco es que haga un frío que pela, puedes estar tranquilo.

—Vale, entonces te llevaré al lugar en el que vamos a construir la cuadra el día de mañana—bromeó mientras me cogía la mano.

—Anda, anda, que no sé cómo no te da vergüenza haberme mentido. ¿Tú no eras el sincero, el que acostumbraba a decir la verdad? Pues vaya si esta vez has predicado con el ejemplo.

—No, esta vez me he colado, pero ha sido una mentirijilla piadosa con el mejor de los propósitos, ¿o no?

En ese instante, y sin encomendarse a Roma ni a Santiago, Harry me cogió en brazos y me elevó por encima de él. Sentí un poco de vértigo, y no solo físico, sino real. Sobre todo, cuando, al bajarme, su boca quedó demasiado cerca de la mía y, como si de dos imanes se tratase, nuestros labios terminaron atrayéndose poderosamente hasta quedar sellados por un beso.

En ese momento sí que me sentí recorrer por completo por un escalofrío que me atravesó como un rayo.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando nuestros cuerpos terminaron por separarse.

No acerté a decírselo con palabras, sino con un gesto de asentimiento que debió parecerle de lo más dulce, a juzgar por el modo en el que me miró.

—Bonita, solo quiero que sepas que yo no busco aprovecharme de la situación. No soy de ese tipo de hombres.

—¿Y entonces? ¿Me puedes decir a cuál perteneces?

Contuve la risa al recordar la teoría de una compañera de universidad que era argentina, Sofía. Muy amiga de Alba y mía, siempre nos instaba a recordar que los hombres se dividían en tres tipos, que según ella eran “pendejos, rependejos y requetependejos”.

—De los que saben valorar a una mujer que merece la pena en cuanto la ven.

—La pena, la pena te voy a merecer, pero en unas cuantas semanas, en cuanto me vaya. ¿No entiendes que esto no tendría futuro? Se lo dije en voz alta para tomar yo misma nota, ya que estaba viendo que igual la cagaba a marchas forzadas.

—Pues fíjate que algo me dice que tú pasaras las Navidades aquí, así como te lo digo.

—¿Las Navidades? ¿Tú te has tomado un té o tres cubatas? En Navidades tengo yo que estar en mi casa o mis padres se morirían del berrinche.

—Ya, pues al final voy a ser yo el que se muera, ya lo verás. —Adoptó un gesto lloroso que me hizo sonreír.

—Déjate de monsergas...

Recordaba cómo había sido nuestra tarde juntos mientras volvíamos en coche. Si era sincera,

me hubiera encantado quedarme en aquella casa, pero no lo hice por dos motivos; el primero, porque Maggie me iba a cortar el pelo sin tijeras si no asomaba el hocico por la fiesta. Y la segunda, y quizás la más importante, porque no me parecía bien quedarme así, de buenas a primeras. Yo nunca había sido ligera de cascos y no deseaba aparentar lo que no era.

—Todavía estás a tiempo de decirme que me dé media vuelta—me decía una y otra vez Harry al que parecía que le habían traído una muñeca los Reyes, de la forma en la que me miraba.

Por mi parte, no podía evitar pensar si habría algo de cierto en eso que decía Maggie de que era un mujeriego. Yo lo único que podía decir era que conmigo no podía ser más caballeroso. Incluso otro hubiera aprovechado la intimidad de aquella tarde para intentar pillar cacho.

Sin embargo, lo único que había hecho Harry era fundir sus labios con los míos en un momento dado, dejando en mi boca el mejor de los sabores, pero sin tocarme ni un pelo.

A mí aquella actitud no me parecía la de un picaflor precisamente, ni nada parecido. En él había encontrado refugio a miles de kilómetros de casa... Por cierto, una casa en la que me daba en la nariz que se estaba cociendo algo de lo que yo estaba ajena. Esa mala espina no había quien me la quitara, aunque procuraba no pensar en ello a menudo.

Y en parte, no lo hacía por cobardía, ya que la casa de mis padres siempre había sido para mí ese reducto sagrado en el que mi alma encontraba paz y sosiego siempre que lo necesitaba. Si algo tenía yo claro en la vida eso era que, de poder elegir, hubiera señalado con el dedo a aquellos dos que me dieron la vida para que fueran mis progenitores.

—¿En qué piensas? —me preguntó Harry en un solo momento en el que dejé de canturrear y me entregué al desconcierto que aquellos pensamientos me proporcionaban.

—Debe ser una tontería mía, no me hagas caso.

—Pues me encantaría que compartieras esa tontería conmigo, a poder ser.

—Es solo que tengo la sensación de que las cosas no van bien entre mis padres, algo extraño, no sé cómo definirlo.

—¿Tienes motivos para pensarlo?

—No, solo alguna que otra conjetura sin mayor importancia.

—Entonces seguramente no será nada.

Tenía gracia la cosa. Aquel “seguramente” me dio inseguridad. Para mí era tan importante que todo estuviera maravillosamente por casa, que todo lo que no fuera un “olvidalo, que no pasa nada” me generaba un poco de ansiedad.

—Pues seguramente—le contesté sin darle más explicaciones, que tampoco tenía mucho sentido contarle todos mis miedos a un hombre que, a la postre, no dejaba de ser un total desconocido para mí.

En la puerta del colegio mayor, y con el coche parado, fui consciente de que las ganas de separarme de Harry eran nulas.

—¿No puedes subir un minuto, coger unas cosas y venirte conmigo? —me propuso.

—No puedo, de verdad. —Me mordí la lengua para no decirle que tenía tantas ganas como él de irme a la aventura y de olvidarme hasta de mi nombre aquella noche.

—¿Y mañana? ¿Qué me dices de mañana? Si no vienes te lo vas a perder, pues hará un magnífico día para montar a caballo.

—¿Se puede tener más cara?

—No sé, déjame que lo intente—me dijo mientras, de lo más caballeroso, corrió a abrirme la puerta del coche para que me bajara.

Y no solo para eso, sino para abrazarme. Estuvimos así un número incontable de minutos, sin

querer despegarnos el uno del otro, hasta que las voces de mis amigas sonaron desde la ventana.

—¿Subes ya o tenemos que bajar por ti? El alcohol te espera, es mejor compañía que cualquier hombre—Maggie ya se había tomado alguna y estaba que se salía.

No en vano, yo había llegado una hora más tarde de lo acordado. Normal que mi teléfono echara fuego en el último rato, debía haberme enviado taitantos wasaps para advertirme de mi tardanza.

—Te voy a tener que dejar o las chicas nos van a publicar en el diario de la universidad, tú verás—le dije mientras le sacaba la lengua.

—Que nos publiquen donde les venga en gana...—repuso él.

—Que pases buena noche. —Le sonreí.

—Y tú, igual. Bebe lo suficiente como para pasarlo genial sin que tengan que sujetarte y recuerda que mañana vengo a recogerte a la misma hora.

—¿Y eso quién lo ha dicho?

—¿No me lo dijiste tú antes?

—Sabes que no, cara dura.

—Pues entonces lo habré soñado, pero que habrá sido por algo. Venga, pues lo dicho, mañana nos vemos. —Harry giró sobre sus talones y se montó en el coche.

Permaneció allí en un gesto que me cautivó, hasta que yo entré en el edificio. Escaleras arriba, revisé los wasaps. Efectivamente, taitantos de Maggie, poco menos que jurando en arameo porque no le hiciera caso, y uno de Alberto que, sin jurar en arameo, contenía más o menos la misma crítica.

No me había portado muy bien con él en los últimos días, por lo que le puse el típico mensajito de “lo siento, he estado súper liada, pero te deseo un precioso finde”, que se suele usar en casos de urgente necesidad de lavar conciencias.

Pero, hablando de lavar, la que habían formado las chicas en la habitación era de categoría. Precisamente se estaban eso, lavando el pelo después de haberse puesto todas un tinte azul que hizo que aquello pareciera la aldea Pitufa en vez de un colegio mayor.

—¿Os habéis vuelto locas?

—¿Por qué? También te hemos dejado un poco. —Maggie señaló a un pequeño recipiente con parte de un tinte que volé a tirar por el wáter antes de que acabara accidentalmente en mi cabeza.

—Eres una aburrida—replicó Rose en cuanto vio el plan.

—No, deja que es más lista que todas nosotras. Os digo yo que esta viene con cara de haber catado varón. —Maggie estaba deseosa de saber.

—No seas bruta, que solo ha sido un beso—le comenté un poco recelosa, porque eso de que estuviera Amelie delante no es que me encantara precisamente...

Capítulo 9



Amanecí con un dolor de cabeza del tamaño de un iceberg de esos gigantes de los polos.

—¿Qué comprasteis anoche, garrafón? —le pregunté a Maggie cuando la vi aparecer con aquel color tan sospechosamente verde que me dio a entender también que, o había tomado una docena de ostras en mal estado, o se había pasado con la bebida como yo.

—Deja, deja, que no vuelvo a beber en la vida. De esta he aprendido, no me hables, que me duelen hasta las pestañas.

—No tenemos arreglo, siempre igual y luego necesitamos tres días para reponernos y encima yo hoy tengo una cita.

—Ya lo sé, nos lo contaste anoche, merluza. ¿O es que vas a estar recochineándote todo el día?

—¿Os lo conté anoche? Solo recuerdo hablar de un beso, cuando llegué.

—Claro, porque hasta ahí estabas sobria, pero luego te emborrachaste como un piojo y lo largaste todo. Esa fue la parte divertida.

—¿Qué largué? Cielos, menudos sudores recorriéndome de arriba abajo.

—Que si era rico, que si tenía una mansión para correr caballos, que si su cocinera era española, que si te empotró contra la pared...

—¡¡NO!! —chillé.

Por muy borracha que yo estuviera la noche anterior, no me imaginaba inventándome ni una palabra sobre ese supuesto empotramiento. Vamos, que no era posible que hubiera descrito un polvazo que solo debía existir en la calenturienta mente de mi amiga.

—Ok, me has pillado, eso me lo he inventado por si te habías reservado información, pero veo que no.

—Eres una capulla sin escrúpulos.

—Pero con la que te diviertes tela.

—Por cierto, vaya look más gracioso con esos pelos azules, es la monda.

—Pues a mí ahora ya no me hace ni puñetera gracia, fui una idea de Amelie...

—Sabes que la franchute no es santo de mi devoción, pero tampoco creo que te pusiera un puñal en el pecho para teñirte.

—No, qué va, lo que pasa es que el alcohol es un puñetero compañero de viaje y hace que una la cague de lo lindo, una vez detrás de otra.

—Pues nada, ya no nos emborrachamos más—concluí a sabiendas de que no llegaríamos al siguiente fin de semana sin que Maggie propusiera otra quedada en la que el alcohol corriera a sus anchas.

Pero la que tuve que correr fui yo, para la ducha. A lo tonto, a lo tonto, me había levantado a las tantas y me apetecía estar perfecta para cuando Harry hiciera acto de aparición, un rato después.

Unos vaqueros desgastados con un amplio jersey verde agua combinado con mis Converse del mismo color fue el atuendo elegido para un día que estaba llamado a ser largo.

—¿Te veo esta noche? —me preguntó Maggie, a sabiendas de que aquella pregunta tenía difícil respuesta.

—No lo sé, ¿tú qué harías?

—¿Yo? ¿Bromeas? Si te gusta ni lo pienses. Coge tu mejor ropa interior, una buena bolsa y no te asomes por aquí hasta el lunes por la mañana.

—¿Soy yo o me estás dando tu beneplácito?

—¿Y qué otra cosa podría hacer? El mal ya está hecho, tú estás colada por él.

—Sí, has dado en el clavo, pero es que a él parece que le pasa igual. Lo veo con tantas ganas de...

—¿De meterte en la cama? De eso no tengo duda, pero recuerda que los rumores que corren por ahí apuntan en el sentido de que Harry no es de los de poner un anillo en el dedo.

Resoplé, pues ya me debatía yo lo suficiente por mí misma como para encima tener que escuchar lo que Maggie me quisiera decir al respecto.

—Vale, que ya lo sé, y que si el lobo le da el bocado a Caperucita es que al final esta se lo habrá merecido, pero ahora déjame disfrutar un poquito, ¿no?

—Claro que sí, bobita, disfruta a tope y cuando vuelvas me das tu parecer sobre si la fama de los highlanders es merecida o no.

Bajé los escalones de dos en dos cuando vi que el pelirrojo ya estaba en la puerta.

—Guauu, deportiva y maravillosa, parece que nos hemos puesto de acuerdo.

Su look era también de lo más informal, aunque a mí, más que su look, lo que me hacía perder el norte era aquella sonrisa tan atractiva que me regalaba según me veía.

Esperaba, en cualquier caso, que el antiojeras hubiera hecho su trabajo, tapando las huellas del delito de la velada anterior.

—¿Qué tal la noche, tranquilita? —me preguntó con sorna en relación con la fiesta.

—No nos podemos juntar, y encima no sé si la bebida era de mala calidad o...

—¿Bebida de mala calidad en Escocia? Eso es un sacrilegio, no lo digas en alto que te van a linchar.

Tenía razón, buena cosa le había ido a mentar yo a un highlander. Pues si no era esa, sería que mi cuerpecito no estaba preparado para absorber tanto alcohol, ¡ni que fuera una esponja!

No es que yo fuera novata, que mis buenas cogorcillas me había pillado desde joven con Alba, cuando no con Alexander, pero es que las jodidas de mis compañeras bebían como auténticas cosacas.

—Ya, igual tienes razón, habré sido yo, que no me ha caído demasiado bien.

—Pues no te preocupes, que lo que te va a caer de fábula va a ser un caldito riquísimo que te va a preparar Manoli, ya se lo he dejado encargado.

—¿Le has encargado que me prepare un caldo? — Aquello sí que era una atención por su parte y lo demás eran tonterías.

—Pues claro mujer, ¿o tú no sabías de la legendaria hospitalidad de las Highlands?

—Sí, algo había escuchado, lo que pasa es que no sabía si era una leyenda urbana.

—Eso sí que es un sacrilegio, no vuelvas a decirlo si no quieres que te fría a cosquillas—me advirtió y quise jugármela, repitiéndolo.

Llegamos a su casa y, ¡sorpresa! ¿Qué hacía aquel animal allí? Eso sí que me erizó el vello.

—Caballito bonito, ¿cómo te llamas? ¿Quién te ha traído? —Me acerqué a él y lo acaricié.

—No es mío como comprenderás, pero sí me lo ha dejado un amigo para que lo montes el fin de semana. Me encantaría verte.

—Es todo un detalle por tu parte y además se ve precioso y noble. Qué maravilla, yo también estaré encantada de montarlo.

Harry no podía ser más detallista conmigo y eso es algo que, cuando estás en un país que no es el tuyo y con personas que no conoces, agradeces sobremanera.

No solo un caballo, sino el equipo completo de amazona me había preparado.

—Cómo se nota que eres un ricachón, no has reparado en gastos—le dije mientras entraba a vestirme.

Cuando salí, perfectamente ataviada, su “wow” me halagó en extremo.

—No se puede estar más guapa ni tener más estilo—me confesó mientras, sin pensarlo, depositó otro beso en mis labios.

Era un momento de esos que lo pedían a gritos, por lo que ambos nos recreamos en aquel beso.

A continuación, Harry me dio una palmadita en el culo, que yo correspondí con un picaruelo guiño de ojo y me subí a aquel flamante caballo blanco.

Yo había tenido uno similar hacía mucho, de adolescente, pero con los años apenas tuve tiempo para dedicarme a aquella afición que tanto me gustaba, dado que mis estudios en “Los Nogales” exigían una dedicación casi a tiempo completo.

Mi universidad era una de esas para cuyo ingreso no necesitabas unas notas excelentes (aunque en mi caso era buena estudiante) sino que tus padres tuvieran una serie de ceros en su cuenta corriente que fueran considerables y no precisamente a la izquierda.

A partir de ahí, te preparaban a tope, y tal preparación llevaba implícito un itinerario curricular de prácticas que requería su buen tiempo.

Ni que decir tiene que montar a caballo es como montar en bicicleta, nunca se olvida.

—Se llama “Lucky” y me han dicho que es muy dócil, creo que vas a disfrutar mucho con él este fin de semana, ¿ves como sabía yo que no te ibas a querer mover de aquí? —me preguntó con total naturalidad.

—No sabe nada tu cuerpo serrano...

En parte por Lucky, pero fundamentalmente por él, era cierto que yo no tenía ni pizca de ganas de irme de allí. Es más, de lo que tenía cada vez más ganas era de compartir un fin de semana con aquel highlander que se presentaba ante mí como épico.

Una hora y mil aplausos por parte de Harry después, desmonté a Lucky y me dirigí a Harry con un beso.

—No te imaginas lo que he disfrutado, hacía mucho que no tenía esa posibilidad, te lo agradezco de corazón.

—No tienes absolutamente nada que agradecerme, el placer ha sido mío, ¿has visto cómo montas? Podrías haberte dedicado profesionalmente a esto, qué pasada.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de mí, hombre de poca fe—le comenté muerta de la risa.

Y quien dice muerta de la risa, dice muerta de hambre, que aquel día, con tanto trajín parecía que no íbamos a comer nunca ese espectacular caldito que me había prometido.

Después de un almuerzo que me recordó muchísimo a los que nos preparaba en mi casa Sara, la mujer de servicio que teníamos en la cocina, Harry me ofreció la posibilidad de que subiéramos a su buhardilla.

—¿No te parece que es un poco pronto para eso? —le dije sacándole la lengua.

—Lo que tú mandes y ordenes, por mí me encerraría contigo allí y tiraría la llave, pero lo último que deseo es importunarte o que pienses que voy demasiado deprisa.

A decir verdad, Harry era un amor, no veía yo cómo podría importunarme, porque todo lo hacía y decía con un tacto tremendo.

Me sentí francamente cómoda y, aunque no creía estar preparada todavía para dar un paso adelante con él, sí me apeteció subir a su dormitorio, donde nos tumbamos un rato y nos pusimos cómodos.

—Si quieres te dejo una de mis camisetas y te tumbas a descansar un poco—me susurró mientras volvía a besarme al mismo tiempo que me acariciaba el pelo.

—Pero si tú eres el gigante del maíz verde a mi lado, me quedarán por las rodillas...—bromeé.

—Ni que tú fueras enana, menuda tiarrona está hecha, ¿has visto este cuerpazo que tienes?

Me resultaba de lo más simpática y amena su manera de decir las cosas, Harry tenía toda la gracia del mundo concentrada en aquel cuerpo de Adonis.

He de decir que sus suaves caricias me ponían a mil y que yo sabía que no iba a tardar demasiado en desatarse entre nosotros una tormenta sexual que estaba anunciada desde el mismo momento en que cada uno puso los ojos en el otro.

Al final le acepté aquella camiseta y, tan pronto como me la puse, con él de espaldas como el caballero que era, se volvió y su silbidito me anunció que lo que veía le gustaba ¡y no poco!

A continuación, y con mis mejillas tremendamente ruborizadas, nos tumbamos en la cama. Una serie de arrumacos dieron pie a que las caricias se intensificaran, por lo que pronto noté sus manos rozando el interior de mis muslos.

—Yo, no sé si...—Me mordí el labio porque consideraba que quizás debiéramos esperar todavía un poco.

—Y yo sí sé, pero no voy a mover ni un dedo más hasta estar seguro de que eso es lo que quieres—me confesó mientras besaba mi frente.

Así fue como nos quedamos dormidos durante dos interminables horas en las que las caricias se hicieron hueco entre nosotros. No sé cuántas vueltas dimos hacia un lado y hacia el otro, lo que sí sé es que todas las que dimos, las dimos juntos...

Capítulo 10



Nos levantamos a media tarde con un relámpago sin par que dio lugar a un trueno sobrecogedor.

—No me digas que te dan miedo los truenos—se interesó mientras me abrazaba al verme temblar como una hoja.

—Desde chiquitita, sí, me dan pánico y noté cómo le resultó de lo más conmovedor.

—¿Sabes? Mientras estés conmigo no te va a pasar nada malo, te lo prometo.

Me sonó absolutamente sincero y le di un beso, ante lo cual él me agasajó con una larga serie de ellos, mientras me apretaba con ansia contra su pecho.

Escuchar aquella fuerte tormenta entre sus brazos hizo que, efectivamente y tal como él me había vaticinado, mi nivel de estrés disminuyera considerablemente.

—¿Te apetece si bajamos a tomar un té? Y luego podemos ir a la ciudad, no sé lo que habrás visto, pero estoy seguro de que puedo enseñarte un montón de rincones que van a hacer tus delicias—me comentó mientras se ponía de pie.

—Te acepto ese té, pero no creas que tengo tan claro lo de ir a la ciudad.

—¿No? Pensé que por tu edad te encantaría ir esta noche de pubs, además así podrías ver a los highlanders con sus kilt, que seguro que te hace ilusión—me dijo con su sal y su pimienta.

—Tú eres muy listo, lo que te apetece es que te diga que el único highlander que quiero ver eres tú, ¿no es eso? Pues no te voy a dar ese gusto, que lo sepas. Otra cosa es que no me apetece demasiado coger el pescante con esta tormenta. Ya sabes, entre que has comprobado que no me apasionan los truenos y que el pelo se le electriza a una como si hubiera metido los dedos en el enchufe, no es plato de gusto, la verdad.

—Pues si no te apetece especialmente, te planteo un plan casero. Podemos encargar cena, la que sea de tu gusto, darle la noche libre al servicio y quedarnos en casita viendo pelis románticas, mantita por encima y con helado incluido.

—No es mal plan, no...

—¿No es mal plan? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Reconoce que es un plan fabuloso, yo de ti lo aceptaría o de lo contrario podrías estar lamentándolo toda la vida.

—¿Y qué parte es exactamente la que estaría lamentando? Es que me he perdido un poco.

—La de darme la oportunidad de enamorarte, esa.

—Oye, ¡stop! ¿Te has parado a pensar que el enamoramiento es cosa de dos? Tú también tendrías que enamorarte de mí en ese caso.

—Y ¿quién te ha dicho que no haya empezado a enamorarme de ti ya, listilla?

—No tienes arreglo, no tienes arreglo...

—¿Tan mal estoy? No mujer, que no digo yo que sea para ganar un concurso de belleza, pero que este cuerpo todavía se puede aprovechar un poco.

Y tanto que se podía aprovechar, bien le gustaba tirarme de la lengua.

—Tú lo que quieres es que yo te diga que estás “de toma pan y moja”, ¿no es eso? Ya sabía yo que vuestra fama os precede, a los highlanders digo. Los españoles decimos que “genio y figura hasta la sepultura”.

—Anda, anda, no entremos en más honduras y vamos a tomar ese té.

Enseguida nos quedamos solos en aquella fascinante mansión. Pese a ser primera hora de la tarde, la noche ya había caído y todo estaba oscuro en el exterior como la boca de un lobo.

Harry se apresuró a encender la chimenea y yo me quedé como hipnotizada. De niña, mis padres y yo solíamos pasar puentes y fines de semana en una casa que alquilaban en la sierra en la que yo me sentía inmensamente feliz.

En ella, también había una chimenea que me recordaba a la que Harry acababa de encender. Pensándolo bien, no sabía si lo que más calor me proporcionaba en aquella casa que frecuentábamos en mi niñez era la procedente de los leños quemándose o el amor que me regalaban mis padres.

Yo no tendría vida para agradecerles a ambos lo mucho que me habían reconfortado desde mi nacimiento y el amor a raudales recibido por su parte. Esa era una de las razones por las que veía que mi mundo se venía a pique cuando pensaba que algo malo pudiera estar pasando entre ellos.

Como si me hubiera podido leer el pensamiento, mi madre me telefoneó en ese justo momento.

—Hola, mi bichito loco, ¿qué tienes planteado para este fin de semana?

—Yo... bueno, jeje—carraspeé.

—Huy, huy, qué misteriosa, no me digas que has conocido a un highlander como esos de las novelas y vas camino de enamorarte, que lo de los nietos escoceses lo tomé como una broma, no me asustes, ¿eh?

—No, es solo que...

—Que no puedes hablar, ya lo veo. Bueno pues en cuanto puedas, acuérdate de que tienes madre, descastada, y me lo cuentas todo con pelos y señales, ¿vale?

—Vale, mami. ¿Y papá y tú?

—¿Papá y yo?

—Sí que, si tenéis planes de fin de semana, ¿dónde estáis?

Mis padres tenían culillo de mal asiento y, si no se movían en más de una ocasión, era por no dejarme sola. Pero ahora que yo no estaba en casa no existía ningún motivo por el que no pudieran salir de escapada, por ejemplo, a esquiar, que era una actividad que les entusiasmaba a ambos.

—Pues estamos en casita, mi vida, que parece que andamos algo pachuchos, no tenemos demasiadas ganas de nada.

Mis padres y no tener demasiadas ganas de nada no era algo que concordara, por lo que aquello me chocó sobremanera.

—Mami, ¿estás segura de que va todo bien? No sé, tengo como la impresión de que me estáis escondiendo algo.

—Bichillo loco, ¿qué te vamos a esconder? Pues buena serías tú para eso, que eres más lista que el hambre. Además, ya sabes que en nuestra familia nunca ha habido secretos, no veas fantasmas donde no los hay, por favor.

Quizás tuviera razón porque yo era mucho de comerme el coco y eso no es bueno en absoluto.

—¿Todo bien? —me preguntó Harry cuando colgué el teléfono.

—Eso parece.

—Pues entonces, elige peli, que yo voy a traer una mantita para el sofá.

—Que sea de cuadros escoceses, por favor—ironicé.

—Cuadros escoceses te voy a dar yo a ti, sí...

Y no se equivocó, porque por mucho que yo quisiera no rendirme tan rápidamente a la evidencia, tuve que hacerlo.

En aquel sofá tan inmenso y confortable, con el chispear del fuego de la chimenea y sintiendo bajo nosotros el confort de una mullida alfombra ya caldeada también por la temperatura que iba tomando la habitación, la excitación subió por momentos.

Para cuando sus labios vinieron a besar a los míos, esos ya los estaban esperando con ansia y necesidad. Fue un beso largo y sentido en el que entrelazamos nuestras lenguas, pero también nuestros corazones.

Todavía no habíamos terminado de besarnos cuando me sobresaltó el sonido de mi wasap. En otro momento, lo hubiera pasado por alto, pero en aquel... En aquel no podía evitar seguir viendo aquellos fantasmas, ¿y si era mi madre que deseaba confesarme algo?

Ella siempre había estado para mí, por lo que yo también debería estarlo para ella.

—Un momento por favor, enseguida vuelvo y me sigues dando ración extra de esos besos tan dulces...

Cogí el móvil y vi que, lejos de ser mi madre, quien me estaba escribiendo era el buenazo de Alberto, un tanto podrido ya de apenas tener noticias de mí.

“Hola, bonita, no sé si estás bien o no, porque es prácticamente imposible arrancarte palabra. Simplemente me gustaría saber de ti. Te echo de menos”

—Es mi madre, un momento que le contesto—le dije a Harry sintiéndome como una colilla de mal, pero no sabiendo cómo enfrentar la situación.

Obvio que ya tendría que haber sido sincera con Alberto, pero ni siquiera había encontrado el momento. En cuanto pudiera, lo llamaría y le contaría la verdad, por mucho que aquello pudiera molestarle, pero peor sería vivir en el engaño.

—“Lo siento, es que he estado un poco indispuesta. Te llamo en estos días y nos ponemos al corriente de las novedades”

Ya estaba hecho y solo me quedaba volver a aquel sofá en el que me las prometía de lo más felices.

—¿Todo bien, bonita?

—Todo mejor que bien, ¿por dónde íbamos? —le pregunté tirando un poquillo para adelante, pues me sentía un tanto apocada ante la visión de aquel maromo que habría toreado ya en un montón de plazas.

—Pues íbamos por...

Sus labios volvieron a sellar los míos para a continuación demostrarme lo bien que sabían acariciar mi terso cuello. De ahí pasó a subirme los brazos de forma que el jersey resbalara por ellos, dejándome en ropa interior, con aquel precioso sujetador de encaje tan sugerente que hacía que mis senos miraran directamente al cielo.

Los miró soltando el aire, con excitación contenida, y continuó la faena retirándome los tejanos, que parecían una segunda piel en mis piernas, al ser pitillos.

Tan fuerte fue el tirón que dio para despojarme de ellos que a punto estuve de salir despedida del sofá, por lo que Harry me sujetó con fuerza.

—Qué arte más grande, casi salgo volando y tienes que ir a buscarme a Pernambuco.

—Sabes que te buscaría, en Pernambuco o donde me dijeras que estás, si tú quieres.

—No te pongas tan profundo, que me va a salir la lagrimilla, hombre...

La lagrimilla me iba a salir sí, pero no por los motivos que estaba pensando, sino más bien por lo abultado de su entrepierna, que parecía esconder un erecto miembro que yo deseaba con todas mis fuerzas sentir en mi interior.

En braguitas y ante él, me sentí un tanto desvalida, si bien era una sensación que me podía; la de dejarme llevar hasta comprobar en toda su extensión por qué los hombres de las Highlands tenían aquella fama de viriles.

Aunque, a juzgar por aquel miembro que estaba cobrando vida propia debajo de sus pantalones, ya ponía yo ir imaginando por dónde iban los tiros. Casi tuve que aguantar la risa al acordarme de Maggie y de las muchas maravillas que me había contado de aquellos que con tanto orgullo portaban sus kilt.

La sutil forma en la que retiró mis braguitas, mientras que con su lengua recorría la cara interna de mis muslos con total lentitud, puso mi carne de gallina.

En concreto, sentí aquella sensación después de notar un universo de pequeñas descargas eléctricas que recorrían cada uno de los poros de mi piel.

A partir de ahí, fue mi línea alba el punto de origen. Siempre imaginé, por la forma en la que los miraba, que Harry comenzaría degustando lentamente mis senos, pero llegado el momento prefirió empezar por el segundo plato, el de abajo.

De mi línea alba descendió hasta aquel montículo prohibido del placer donde mi clítoris se erigía como la gran estrella, brillante y palpitante como estaba.

Allí sí que entretuvo, lamiendo y succionando hasta hacer que mis manos agarraran con tal fuerza las sábanas que pensé que podría llegar a desgarrarlas. Pero no fueron las sábanas las que lo hicieron, sino mi garganta, que clamaba porque llegara un orgasmo destinado a que explotara de gusto.

Quedé laxa cuando noté que mi elixir tocaba su lengua que, en forma de pequeños toquecitos, logró alargar el placer inconmensurable que sentí y que me hizo chillar como nunca lo había hecho.

No contento con ello, Harry tenía todavía que despacharse, y lo hizo tomando una ración de senos que debió saberle a gloria. Si su lengua comenzó por el contorno de estos, no tardó en describir su areola y en succionar con fuerza unos pezones que me indicaron por qué de mi entrepierna volvía a emanar un calor indescriptible.

Lo cierto era que yo parecía una muñequita en manos de aquel fornido highlander que sabía simultanear a la perfección su lado más dulce y salvaje en la cama. Así, me estaba sintiendo querida al tiempo que alcanzaba unas cotas de placer desconocidas para mí hasta ese momento.

Todavía no había terminado de dar cuenta de mi delantera, cuando un nuevo orgasmo llamó a mi puerta. Y lo hizo con tal fuerza que sentí contraerse hasta los dedos de mis pies, quedando agarrotada y tumbándome sobre él.

Fue entonces cuando mi mano alcanzó su miembro y juro que su extrema erección propició que notara todas y cada una de las venas de este.

Un suave movimiento de mano por mi parte y, antes de que quisiera darme cuenta, su embestida volvía llevarme a universos lejanos y prohibidos que aun estaban pendientes de explorar por parte de mi cuerpo.

No sabía cómo, pero, a pesar de ser yo la que estaba arriba, Harry era el director de aquella función sexual en la que, tomada por los hombros, me llevaba y me traía causando una fricción tal en mi interior que me sorprendí a mí misma chillando su nombre mientras nuevamente un orgasmo hacía acto de aparición para mí.

Nunca me había ocurrido, no tres de un solo asalto y aquello no parecía más que haber comenzado, pues un erecto Harry me indicaba que tenía cuerda para rato...

Y sí, fueron metros y metros de cuerda los que debió tener porque la función se prolongó hasta que laxa, murmuré en su oído que ya no podía más. Entonces y solo entonces fue cuando se vació en mí y yo sentí una plenitud total.

Si ese pudo ser el resumen de la tarde, no digamos ya el de la noche.

—¿Te gusta la comida italiana?

—Me encanta, pero te propongo un plan mejor que encargarla, ¿y si la preparamos nosotros?

Ahuecada en su pecho sentí que era imprescindible que comenzáramos a movernos. Si aquella sesión de altos vuelos continuaba igual, pronto no habría manera de que yo pudiera caminar sin que se notase el tute que nos habíamos dado.

—¿Cocinar nosotros? No sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada, con que tengas los ingredientes para hacer una buena pizza será suficiente.

—Eso no lo dudes, echa un vistazo en la despensa y coge todo lo que te plazca añadirle. Yo no soy delicado, como de todo. —Su picante guiño de ojo me hizo removerme nuevamente sobre él.

—Vale, pues yo me encargo, aunque tienes que ayudarme, no creas que vas a zafarte tan fácilmente.

—Ni lo pretendo, lo que pasa es que tengo que confesarte que no he cocinado nada en la vida, qué le vamos a hacer, no podía ser perfecto...

—Míralo él, qué humilde. Pues no te preocupes, que la imperfección esa te la voy a limar yo en pis pas, ya verás lo pronto que te pones las pilas esta noche.

Pensé que ponerse las pilas se las ponía seguro, pero en la cama, porque Harry me miraba como si todavía lo vivido le hubiera sabido a poco.

Me acerqué a la despensa y vi que, efectivamente, aquello parecía un supermercado en miniatura. Por Dios bendito, ni que allí viviera una legión...

De vuelta a la cocina con los brazos cargados de más de una decena de ingredientes deliciosos para añadir a la pizza, escuché el descorchar de una botella.

—Es Lambrusco, creo que es lo que pega para la ocasión y espero que sea de tu gusto. —Me acercó una copa y besó mis labios.

—Hombre sí, que yo sé que el whisky escocés que me vas a ofrecer luego es de diez, pero para la cena como que no.

—Mira la listilla, ¿y quién te ha dicho que yo te voy a ofrecer whisky? Después de la melopea que pillaste ayer hoy debes quedarte a pan y agua, lo del Lambrusco es una excepción, por no ser muy fuerte.

—Sí, papá—le contesté con guasa.

—Muy graciosa, lo lamentarás.

Comenzó a correr por la cocina con la intención de pillarme y hacerme un buen puñado de cosquillas con tan mal tino por mi parte que terminé rodando por el suelo.

—¿Te has hecho daño, preciosa mía? —Me cogió entre sus fuertes brazos y, si algo me dolía, dejó de hacerlo en aquellos momentos.

—No, no te preocupes. Bueno sí, me duele un poco aquí. —Señalé mis labios, donde no me había golpeado en absoluto, por cierto.

—¿Sí? Pues entonces es muy probable que se te pase con esto. —Posó los suyos sobre los míos y depositó en ellos una sarta de besos que borraron en mí cualquier huella de dolor.

Todavía no habíamos terminado de besarnos cuando Harry me tumbó en la península que presidía su cocina. Con mis piernas al aire, pues tan solo volvía a llevar una camiseta suya, no tardó en subirla dejando al desnudo aquellas partes que miraba con inusitado deseo y de las que volvió a dar cuenta palmo a palmo, con el calor de la chimenea por testigo.

Y así, entre cenas, desayunos y almuerzos, fue como seguimos amándonos sin prisa, pero sin pausa todo un fin de semana que terminó a primera hora de la mañana del lunes...

Capítulo 11



—Querida, te dejo en el colegio mayor y voy corriendo para el instituto—me dijo un tanto apresurado cuando subimos en el coche, ya que le sacamos el máximo partido al tiempo hasta el último momento.

—Perfecto, vamos súper justos...

—No te preocupes que llegamos seguro, ¿cuándo vuelvo a verte?

—Dame algo de tiempo o me van a echar del colegio por no aparecer por allí ni en fotografía.

—Si por mí fuese, podrías venirte hoy mismo a mi casa, no tendrías que pagar colegio tontamente.

—Ya, pero el dinero tampoco es problema para mis padres y mi estancia está pagada de antemano. No sabría tampoco cómo decirles que lo he dejado...

—Lo entiendo y lo último que deseo en el mundo es presionarte, lo que pasa es que eres como una droga para mí, chiquitina. Si no vienes esta noche te voy a echar muchísimo de menos.

—Pues tendrás que acostumbrarte un poco, de todos modos, esta tarde comienzan las citas a ciegas de tus alumnos. Estaré allí como un clavo.

Me hice un tanto la dura, pero a mí me costaba por lo menos lo mismo que a él pensar que aquel día no dormiríamos juntos. Es más, seguramente no lo haríamos hasta el siguiente fin de semana.

Debía reconocer que aquello era demencial, ¿de verdad me estaba enredando a saco con un highlander?

Hice memoria de lo que siempre me había dicho Alba al respecto; “si te quieres liar con uno, te lías, como si quieres hacerlo con siete, pero la mente es lo único que tienes que mantener fría, que tú eres española y aquí se vive de escándalo”.

“De escándalo”, así había sido el fin de semana, en el que también tuve el domingo ocasión de volver a montar un rato a Lucky, del que igualmente me había despedido hasta días después, pues Harry me prometió que me esperaría en casa junto con él el siguiente día que lo visitara.

Por el camino fuimos cantando, mientras él no paraba de acariciarme el muslo con una de sus manos, pues tenía gran soltura conduciendo.

Fue justo al llegar al colegio cuando comprendí que no es bueno dejar cabos sueltos en la vida. Mis ojos no daban crédito. Esperaba por Dios tener algo de margen hasta que Harry se fuera, pero mucho me temía que no iba a ser así.

Tal cual me bajé del coche, quise hacerme la tonta, pero no me fue posible, pues Alberto se acercó a mí.

—Ahora lo entiendo todo, esta era tu indisposición, una indisposición con falda escocesa, eso me parece precioso, Valentina.

—Alberto, perdona, pero no me parece que estas sean formas ni lugar para discutir nada,

además tampoco te debo explicación alguna. Tú y yo no...

—Tú y yo comenzábamos a tener algo... Algo que se quedó en una especie de limbo cuando te viniste para acá, aunque bien debí imaginarme que quien no te busca ni apenas se molesta en responderte, pasa de ti.

—Perdona...—La cara de Harry era un poema al dirigirse a Alberto.

—Perdonado estás—le respondió él con toda la ironía.

—¿Quién eres y cómo te permites dirigirte así a mi chica?

—Tu chica era la mía hasta hace tres días como aquel que dice, así que yo de ti me iría preocupando un poco, porque para mí que Valentina cambia de novio como de chaqueta.

Toma ya... nada más y nada menos que de novio, había dicho. ¿Cuándo habíamos hablado Alberto y yo en esos términos? Que vale que él me había abierto su corazón, pero que de ahí a hablar de que fuéramos novios había un trecho largo.

No obstante, intuí que no me iban a faltar los problemas cuando al irse Alberto, Harry se dirigió hacia mí.

—¿Tenías algo con ese chico? Dímelo, por favor, Valentina, tengo derecho a saberlo.

—No, bueno, sí... Bueno verás.

—Me parece formidable, ni siquiera lo sabes. Supongo que en realidad pasas de confesar nada que te resulte incómodo. Lo siento mucho, yo ya he tenido de esto en mi vida y no necesito más. Te pido por favor que te bajes de mi coche, a partir de ahora nuestra relación será estrictamente profesional.

—¿Cómo?

Me dieron ganas de decirle que era un soplagaitas, pero dado que se trataba de un highlander me pareció un chiste demasiado burdo.

—Ya me has oído, no quiero problemas, pero tampoco explicaciones que ni siquiera sabes darme. Te pido por favor que olvides todo lo sucedido entre nosotros.

No me lo podía creer. O, mejor dicho, sí me lo podía creer. Maggie me había advertido de su fama de mujeriego y yo, más chula que un ocho, me la había echado a la espalda.

Por duro que me resultara, era posible que Harry hubiera sacado buena tajada del fin de semana y llegado a la conclusión de que le importaba un mismísimo bledo mi persona. Lo ocurrido con Alberto le habría venido de perlas porque, si de verdad yo le importara algo, me habría dado opción a explicarme.

—¿Sabes lo que te digo? Que eres un imbécil y un cínico. Soy yo la que no quiere volver a verte y, es más, métete tu experimento por donde te quepa porque esta que está aquí no vuelve a pisar tu despacho ni tu instituto. Fin de la historia.

Me aparté del coche con más orgullo que Don Rodrigo en la horca y me dirigí a mi habitación. Antes de entrar en ella, me encontré a Maggie, que se percató al instante de que algo no iba bien.

—¿Qué te ha pasado? Ha estado aquí un chico preguntando por ti, un español, un tal...

—Un tal gilipollas, igual que el escocés, se ve que yo tengo un ojito para los tíos que es para baldarme a palos. Invítame a un café y te lo cuento, que estoy que relincho.

Cinco minutos más tarde estaba dándome la razón.

—No tienen perdón de Dios ninguno de los dos, vaya par... No quiero decirlo, porque sé que jode tela, pero ya sabes que te lo advertí, amiga.

—Ya, ya, pero oye, ¿tú no notas como algo raro? Para mí que todos nos están mirando, ¿tenemos monos en la cara o qué?

—Puede que los tengas tú. Es que yo también quería verte para contarte una cosa, tus

problemas van en aumento, me temo.

—¿Qué dices? Joder, me habrá mirado un tuerto o algo por el estilo, porque no veas.

—Sí, algo así debe ser, porque Amelie se ha ido de la lengua y está en boca de todos que tienes una relación con Harry. Ya sabes que a la gente le va el morbo y andan diciendo que eres una trepa y que has logrado colaborar con él gracias a lo que le has puesto en bandeja.

—Pero ¿de qué van? Pues anda que la colaboración esa estaba pagada ni nada, si lo único que me iba a dar eran problemas. Y ya ni eso...

—¿Ya ni eso?

—Por supuesto que no, que le he dicho que se la meta por donde le quepa, que no lo quiero volver a ver.

—Pero vas a quedar fatal también con John, ¿no? Madre mía la que se está liando aquí.

—Pues como esto siga así yo me vuelvo para mi casa y santas pascuas. Por cierto, voy a mirar si ha llegado un mail con cierta documentación que me habían solicitado por ser extranjera.

Abrí el correo y, ¡bingo! Al menos algo que me salía bien ese día, porque parecía estar maldito.

Entre otros documentos, me habían solicitado una partida de nacimiento que yo pedí directamente por Internet.

Una vez la tuve delante de mis ojos, constaté que eso de que el día debía estar maldito era un hecho porque vi algo que no me cuadró en absoluto.

—¿Cómo? No entiendo nada, ¿ves lo mismo que yo? Maggie se fijó en el documento y asintió.

—Sí, ¿tú no sabías nada de eso? La corrección se produjo unos meses después de tu nacimiento, es muy raro.

—No, no tenía ni idea, pero pronto lo voy a saber.

Pálida como la cera, saqué mi móvil del bolso. Lo que acababa de ver no dejaba lugar a dudas. Mi primer nombre, con el que fui inscrita en el Registro Civil incluía los apellidos de mi madre, Hernández Sazón y no fue hasta meses después cuando pasé a llamarme Valentina de la Renta Hernández y, por tanto, a tener el apellido de mi padre.

—¿Mamá? —murmuré cuando levanté el teléfono sin que apenas me saliera la voz del cuerpo.

—Dime cariño, ¿estás bien? ¿Hay algo de lo que debemos preocuparnos tu padre y yo?

—Eso me lo tendrás que decir tú, mamá, porque yo hay ciertas cosas que no controlo, ¿cuándo pensabais decirme que yo no tuve los apellidos de papá desde el primer momento? ¿Tanto le presionaron los abuelos que ni siquiera fue capaz de reconocermelo al nacer? No le tenía por ningún cobarde, pero ahora ya no sé lo que pensar, porque me avergüenzo de él, ¿sabes? Y eso es algo que nunca me había ocurrido, ¿cómo ha podido?

—Valentina, ¿por qué has llegado a esa conclusión?

—Mamá, te lo ruego, no me hagas comulgar con ruedas de molino. No es una conclusión, es una evidencia, tengo la partida de nacimiento delante de mis narices en este preciso momento.

Se hizo un breve silencio que mi madre terminó por romper...

—Cariño, no juzgues a tu padre, él es un buen hombre, confía en mí.

—Un buen hombre, pero débil, mamá, no lo justifiques más, ¿no ves lo que te hizo a ti y de paso a mí? Yo sé que tú lo quieres, pero no trates de justificar lo injustificable, que eso me saca de quicio. Papá se equivocó con nosotras y al final quiso enmendar la plana, pero no puedo imaginar el dolor que causó por medio. Te lo causó a ti y ahora me lo está causando a mí, un montón de años después. ¿Cómo pudo, mamá? ¿Cómo pudo? No lo entiendo, qué podía haber más fuerte que estar a nuestro lado, ¿el dinero?

—Valentina hija, cálmate, que te estás equivocando.

—No, mamá, no me estoy equivocando, yo no lo tenía por tan interesado. Ilusa de mí, que siempre he pensado que éramos lo más importante para él y parece ser que de eso nada.

—Valentina, te lo repito, te estás equivocando de medio a medio, no tienes ni idea de lo que dices.

—¿No tengo ni idea? Me parece que estoy más lúcida que tú como de aquí a La Habana, mamá, jamás hubiera creído que podrías estar tan ciega por amor. ¿Cómo pudiste perdonarlo? Lo odio, lo odio...

Las lágrimas corrían por mi cara atropelladamente.

—Valentina, no vuelvas a decir eso en la vida, ¿me oyes? Tu padre no ha hecho estos años más que querernos y eso que él...

—¿Qué mamá? No te quedes a medias, termina ya de hablar.

—Que no él no es tu padre biológico, Valentina, eso es lo que debías saber...

Capítulo 12



Como un jarro de agua fría no, lo siguiente. Así me cayó aquella confesión que era la última que esperaba en la vida.

A dos semanas de las vacaciones de Navidad y yo acababa de llevarme un mazazo del que no sabía cómo leches salir. ¿Qué diablos había querido decir mi madre con eso de que el mío no era realmente mi padre biológico?

Lo último que escuché fue el “Valentina, por el amor del cielo, tienes que escucharme” antes de que el teléfono cayera de mis manos.

—Maggie, dime que puedo ir a tu casa estas Navidades, porque me quiero morir—le dije con las lágrimas rodando como puños por mis mejillas.

—¿Estás bobita? Por supuesto que puedes venir a mi casa y podrás hacerlo siempre que quieras, pero déjame decirte que no creo que esa sea la solución, tienes que aclarar las cosas.

No, si había un día aciago en mi vida, ese era aquel y yo no quería aclarar absolutamente nada. No quise aclarárselo a Harry con el tema de Alberto, pues su actitud me pareció de lo más altanera, y no quería escuchar lo que mi madre tuviera a bien inventarse ahora.

Esto último corroía mis entrañas. Mi madre, mi mejor amiga, la mano que llevaba guiándome desde que nací, ¿qué había pasado de repente para que toda mi vida se derrumbase como un castillo de naipes?

Una y mil veces maldije mi suerte. “En esta familia nunca ha habido secretos”, esas habían sido sus palabras unas horas antes. No, no había habido secretos, menos mal. Directamente iba a haber tragedias, porque eso era lo que consideraba yo que iba a ocurrir, una desastrosa tragedia.

Y, para más inri, como broche de oro al día en cuestión, tenía que aguantar las miraditas y los murmullos de mis compañeros, que además no permanecían ajenos a mi llanto. Incluso alguna risilla maliciosa detecté entre algunos de aquellos corrillos. Probablemente pensarán que mi lamentable estado tendría que ver con alguna bronca con Harry, cuando eso era lo que menos me importaba en ese momento.

—¿Qué mierda miráis? —chillé en medio de la cafetería y hasta Maggie se quedó con los ojos salidos de sus cuencas—. Como vuelva a ver a alguien mirarme, os prometo que aquí se va a liar la de San Quintín.

Dicho eso me levanté y me marché a mi habitación. Imposible acudir a clase en aquellas circunstancias.

En cuanto a mi teléfono, ese no paraba de sonar. Mi madre insistía una y otra vez, al mismo tiempo que lo hacía mi padre. Yo no tenía ganas ningunas de hablar con ninguno de los dos. Lo que debiera saber, bien podrían habérmelo dicho a lo largo de todos aquellos años en los que me negaron una explicación a la que creía tener derecho.

Como dos horas después y cuando yo tenía los ojos como dos huevos de llorar, un número de

teléfono reflejado en mi móvil llamó mi atención. Era el de mi abuela Aurora, algo inexplicable para mí.

A ver, mis abuelos, que no mantenían relación con mis padres y que ahora vivían en Suecia, se habían dedicado a hacerme una única llamada al año por mi cumpleaños desde mi nacimiento. Ahí quedaba la cosa y con eso estaban cumplidos, pero que me llamaran aquel día era algo con lo que no contaba.

Sobra decir que no contesté aquella llamada. Ni loca pensaba hacerlo. Vale que yo no tenía ni idea de cómo habían sucedido las cosas, ni de por qué mi padre de repente ya no lo era, pero tenía muy claro que iba a hacer cualquier cosa menos escuchar a la pérfida de mi abuela, que jamás había querido ver a mi madre ni en pintura.

No, yo tampoco es que quisiera hablar con ella en aquel momento, pero eso no me iba a convertir de la noche a la mañana en aliada de mi abuela. Ni muchísimo menos. A mi madre la pondría de vuelta y media yo aquel día, pero no iba a consentir que lo hiciera nadie más.

Y hablando de mi madre, no tardé en tener noticias de ella. Si algo tenía la buena mujer era que no podía ser más cabezona.

—El director quiere verte, me lo acaba de decir. —Maggie entró y se sentó en mi cama, atusándome el pelo.

—¿Al que le falta un hervor? Para tonterías estoy yo hoy, de eso nada. Y encima es el amiguito del highlander de mis penas. Allá películas, no quiero saber ni media palabra de ninguno de ellos.

—Yo he estado pensando un poco y, por extraño que te parezca, he llegado a la conclusión de que lo mismo sí le importas a Harry y la aparición de Alberto le ha descolocado por completo.

—Sí, claro, y yo soy una hermanita de la caridad. Me lo dices porque te doy pena, porque parece que me han gafado, pero no me lo creo.

—No, no creas. Piensa que te insistió tela en verte esta noche, podías haber sido su juguete de un finde y después dejarte en un rincón, pero no parecía que fuera así. Lo que pasa es que lo de Alberto ha tenido tela también, no ha podido ser más inoportuno.

—Sí, ¿qué me cuentas de eso? Abrase visto, el muy desgraciado... Yo no me voy a justificar, tenía que haber hablado antes con él, pero tampoco es nadie para colarse aquí y ponerme de vuelta y media, inventándose encima que somos novios.

—¿Lo ves? Es que, mirándolo fríamente, si yo soy Harry y me vienen con un lío de ese estilo, a lo mejor también me las piro.

—Pues sí que afrontáis aquí los problemas de frente, da gusto.

—¿De verdad tienes el morro de decirme eso cuando tú eres la primera que no ha sido capaz de ponerle las cartas boca arriba a Alberto?

Ahí me dejó sin palabras, nada como que te hagan aterrizar de golpe para que caigas en la cuenta de que igual te estabas colando tela.

—Tienes razón, amiga. Quizás intente explicarle a Harry más tarde.

—Vale, pero los problemas de uno en uno, no quieras afrontarlos todos de golpe ahora tampoco. Ve primero a ver qué tripa se le ha roto a John.

Me recompuse un poco porque estaba hecha unos zorros y me dirigí al despacho de aquel hombre. Yo ya no sabía por qué concepto se me iba a juzgar ahora, si por ligera de cascos, si por mentirosa o si por un maravilloso pack que incluyera todos aquellos y alguno más.

Resoplando, toqué la puerta de John. No, ya caía, me iban a juzgar por irresponsable o quizás mejor todavía, por trepa, al meterme entre las sábanas del ricachón del highlander que jugaba a ser profesor. No sabía, lo único que tenía meridianamente claro es que el sarcasmo me salía por

las orejas.

—Buenos días, John. Si me has llamado para echarme la bronca por lo de tu amigo, te contaré que yo soy mayor de edad y que hago con mi vida lo que me da la real gana. He dicho.

De esa manera tan cojonuda y loca puse los pies en su despacho y lo dejé totalmente patidifuso.

—No tengo ni pajolera idea de lo que me estás diciendo, Valentina, pero si tienes algo que contarme, soy todo oídos.

Lo que me faltaba, darle información gratuita al pan sin sal aquel, que parecía no estar enterado de la misa la mitad de mi affaire con Harry. No, si al final el highlander iba a ser hasta discreto y la que quedaría como el culo sería yo.

—¿No? Es que, verás, han surgido algunas complicaciones que imposibilitan que ambos podamos colaborar a nivel profesional.

—¿En serio? Lo siento, pienso que podríais haber hecho muchas cosas juntos, pero si no es tu deseo continuar con esa colaboración, yo no te voy a poner un puñal en el pecho como es normal.

—Vale, vale, te agradezco que te mantengas totalmente al margen. Pero, si no es de eso de lo que me quieres hablar, ¿de qué es?

—Es de tus padres, Valentina. Me han llamado.

—¿Mis padres?

No quería saber lo que le habían dicho, por Dios, ¿desde cuándo lavábamos los trapos sucios fuera de casa?

Me morí de la vergüenza, no quería escuchar más, pero John no estaba por la labor de dejarme ir.

—Sí, tus padres, Valentina. Me han comentado que se ha dado una desagradable coyuntura a nivel familiar y que no estás dispuesta a hablar con ellos.

—¿Una coyuntura? Una mentira como un camión de grande, eso es lo que ha sido mi vida al lado de mis padres, ¿no te lo han contado?

—Valentina, no sé lo que habrá pasado, pero a mí me han parecido unas personas de lo más razonables desde el principio, no me digas que no merecen la oportunidad de que al menos los escuches. En su opinión, se han equivocado contigo en algo importante, pero arden en deseos de poder hablarte.

—Yo sí que ardo en deseos, pero de coger la maleta e irme donde jamás puedan encontrarme.

—No digas esas cosas, mujer, tus padres me han comentado que, si no depones tu actitud y te pones al teléfono, mañana mismo estarán aquí para hablar contigo.

—Mañana, pues nada, nada, que vengan que se van a encontrar con la pared, porque lo que toca servidora coge las de Villadiego ya mismo.

Y sin pensarlo dos veces, salí así del despacho de John, al que dejé con dos palmos de narices. Sin más, hice mis maletas y miré mi cuenta corriente... ¿A cero? No, eso sí que era imposible.

El director les había puesto al tanto de mis intenciones, eso seguro, y me habían cerrado el grifo para obligarme a permanecer allí y a tener que escucharlos. Pues a otro perro con ese hueso, que Valentina era ya allí un holograma, pensé al salir empujando mi maleta por la puerta del colegio mayor.

Capítulo 13



—¿Harry? —murmuré cuando, de mala gana, levantó el teléfono.

—Valentina, yo no quiero tonterías. Lo hemos pasado muy bien y, pese a que tú lo pongas en tela de juicio, mis intenciones eran buenas contigo, pero te prometo que no tengo ganas de entrar en triángulos amorosos ni nada parecido. Cada uno tiene sus cicatrices y no eres nadie para hurgar en las mías, no metas el dedo en la llaga, te lo pido por favor.

—Harry, entiendo que estés enfadado, te sobran motivos para ello, pero créeme cuando te digo que las cosas no son como parecen, todo lo ocurrido con Alberto tiene una explicación. En cualquier caso, con independencia de que me la aceptes, tengo que pedirte un favor enorme porque estoy en la calle y tengo la cuenta pelada.

—Valentina, si es una excusa para que te acepte en mi casa y acceda a hablar contigo, me parece de pésimo gusto, lo siento, pero no.

—No es ninguna excusa, si no me crees, puedes hablar con tu amigo John. Él lo sabe todo de buena tinta.

—¿John lo sabe? Bueno, y si es así, ¿cómo es que no vuelves a tu casa con tus padres? Ellos podrán ayudarte sea lo que sea lo que haya pasado.

—Me temo que no, porque es precisamente de mis padres de quien estoy huyendo, Harry.

—¿De tus padres? Esto es demasiado para mí, ¿dónde estás? Paso a recogerte.

Dicho y hecho. En un rato lo tenía con su cochazo delante de mí, aunque, como era de esperar, el rictus de su cara denotaba que se encontraba de lo más incómodo con la situación.

—Sube, por favor—me dijo, aunque esta vez, a diferencia de otras, no se bajó para abrirme la puerta.

—¿Y la maleta?

—Ponla detrás, por favor.

Viendo que tenía cierto peso, y dado que era caballeroso hasta sus últimas consecuencias, terminó por bajarse del coche y colocarla él en el maletero.

—Lo siento. —Rompí a llorar en cuanto me senté en el asiento del copiloto.

—Valentina, no sé qué te habrá llevado a ocultarme que tenías novio, pero habiéramos podido solucionarlo de haber detectado un ápice de sinceridad por tu parte.

—Y dale, pero que Alberto no es mi novio. Te prometo que solo hubo una tontería entre nosotros antes de volar hasta aquí, y luego, viendo que se había colgado de mí, no supe cómo cortarlo en seco y decirle que te había conocido. Pero mientras no le di ninguna bola, tanto es así que se ha colado aquí porque estaba de lo más rayado al no saber de mí.

—¿Es eso cierto? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Como que es de día y que estoy ante un highlander de esos con fama de cabezón—le dije entre la risa y las lágrimas.

—Me gustaría creerte, pero me cuesta, ya me la intentaron colar una vez y ahora me resulta imposible confiar en alguien si no veo sinceridad total.

—Toma mi móvil, puedes leer las conversaciones. Desde que llegué aquí pasé de Alberto, yo no le prometí nada en ningún momento. Cierto que nos gustamos y que vivimos algunos buenos ratos, pero nada más...

—¿Y entonces? ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no sabía ni siquiera qué iba a haber entre nosotros. Esa es otra, entiéndelo, me quedé en tu casa el finde porque me gustas mucho, pero estoy muerta de miedo y encima, esta mañana, después de encontrarme con todo el pastel, recibo mi partida de nacimiento y me entero de que mi padre tampoco es mi padre y ya es que me he vuelto loca del todo, no sé si me entiendes...

—¿Tu padre no es tu padre? ¿Qué dices? Esa sí que es grande, ¿estás segura?

—Hombre, me lo ha dicho mi madre, ¿tú qué crees?

Harry resopló.

—Hombre, que en ese caso habrá que rendirse a la evidencia, nadie mejor que ella para saberlo.

—Pues sí y mañana se plantan en el colegio, que ya han amenazado con ello y yo no quiero verlos.

—Pero vamos a ver, muchacha, tienes que dar la cara. Estoy seguro de que tiene que haber una explicación para todo esto, aunque a ti ahora te suene a chino.

—A chino mandarín me suena, claro que sí.

—No puedo ayudarte, Valentina, así no... Comprende que no puedo tenerte como una prófuga en casa, tú eres una alumna de la institución que dirige John y él es mi amigo. Se van a preocupar y te buscarán hasta debajo de las piedras. No puedo hacer las cosas así, no sería justo para nadie.

—Ya, lo entiendo, vale. Pues entonces deja que me baje y que me las apañe sola, no tengo ganas de hablar con ellos, ni de dar la cara ni de nada... Y las Navidades están a la vuelta de la esquina, con lo que a mí me gustan. De hecho, le había pedido a Maggie que me las dejara pasar en casa de sus padres, pero tampoco considero justo meterla en este lío.

—Tú te puedes quedar en mi casa las Navidades y toda la vida si quieres, pequeña, pero no así, tenemos que coger...

—El toro por los cuernos, ya, así se dice en mi país, pero no tengo fuerzas para eso.

—Pues añádele las mías y ya verás como las reúnes.

Llegamos a un acuerdo. Harry les diría a mis padres que yo estaba en su casa y, como mayor de edad que era, ellos tendrían que respetar a pies juntillas mi decisión.

En cuanto a la posibilidad de hablar con ellos, les comentaría que yo necesitaba un tiempo, porque así era. Cualquiera que hubiese sido el motivo por el que ambos me hubieran ocultado la verdad, me dolería y necesitaba prepararme para encajar una explicación que no me apetecía nada.

Con razón mi madre no solía hablar de su pasado. Ahora entendía que algún capítulo de lo más oscuro se ceñía sobre él y que aquella mujer llevaba años callando una verdad que quizás le arañara el alma.

No podía pensar así porque entonces es que me venía abajo.

—Harry, ¿puedo preguntarte algo?

Íbamos camino de su casa y otra duda me removía por dentro.

—Dime, anda, que me estás dando un día de aúpa, princesa.

—¿Por qué me dijiste que cada uno tenía sus propias cicatrices y que no querías que te la

volvieran a dar con queso?

—Por lo que puedes imaginar, una historia bastante parecida a la que se había planteado contigo... Solo que en este caso no fue con una alumna de John, sino con una profesora francesa que se acababa de incorporar a mi instituto.

—Vaya con las francesitas—murmuré acordándome de la traición de Amelie, que también debería contarle a John.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada, recuérdame que luego te haga una apreciación.

—Bueno pues resulta que yo lo aposté todo por tener una relación con ella y, cuando quise darme cuenta, recién llegado de París, la ciudad del amor, un buen día aterrizó su novio por el instituto para darle una sorpresa. Y claro, se la dio, lo malo fue que me la dio también a mí.

—Jo, pues sí que es casualidad, pero que conste que Alberto no es...

—Ahora ya sé que no es tu novio, bonita, pero imagina cómo me sentí esta mañana, pensando en que la vida repetía la jugada y me volvía a tocar a mí.

—Lo entiendo, lo entiendo...

Llegamos a su casa y Harry me abrazó. Yo no sabía cuánto tiempo iba a permanecer allí ni si aquella era buena idea, porque el caso era que mientras la situación se aclaraba, yo corría el riesgo de enamorarme hasta el tuétano de él, si es que no había empezado a ocurrirme ya.

—Bueno, al menos me ayudarás esta tarde en lo de las citas con mis alumnos, que no sabía cómo decirles que se habían quedado sin mentora.

—Bueno, no sé qué decirte, lo mismo, ahora que me has dado asilo político, me tiro a la bartola y aquí que me las den todas—bromeé.

—¡¡Eh!! Ni en broma, ¿me escuchas?

—Vale, vale, cómo se las gastan los ricachones.

—Ni que tú fueras pobre, mira quién fue a hablar.

—Ya, pero no compares y encima ahora me han dejado sin blanca, ni para unos calcetines tengo.

Eso sí que era un plan...

—Bueno, ¿y si te pago porque me ayudes en todos los proyectos en los que veas que encajas?

—Tú verás, pero nos van a acusar de tráfico de influencias.

—¿En serio me lo dices? Si nadie sabe que estamos juntos, muy a mi pesar, por cierto...

—No, no te preocupes, ¿recuerdas antes cuando te dije que tenía algo que contarte?

—Sí...

—Pues era eso, poco más o menos, que la otra noche, en plena borrachera, me fui un poco de la lengua delante de una compañera que es una arpía y ya ha puesto al corriente a toda la universidad.

—¿Pues sabes qué te digo? Que de ese bombazo me alegro, que al final no va a ser tan malo el día de hoy.

Después de almorzar yo tenía la sensación de que el día estaba estirando más que un chicle. Me sentí fenomenal yendo con Harry a su instituto y conociendo al grupo de chicos españoles que cursaban allí el programa de intercambio.

—Pero vamos a ver, ¿a vosotros qué os pasa? ¿Estáis tontos o es que os ha comido la lengua un gato? Me ha dicho un pajarito que os cuesta la misma vida expresaros en inglés, ¿cómo puede ser eso? —les pregunté y sí, me sentí una especie de hermana mayor para ellos.

—Pues porque es muy complicado coger el hilo a las conversaciones y nos cortamos—me

confesó Berta, una chica con una pinta de bailar hip hop de lo más graciosa.

—¿Sí? ¿De verdad me vas a decir que te resulta complicado eso y bailar hip hop no?

—Pues claro, yo el hip hop lo llevo en la sangre, no tengo nada que pensar.

—¿Y por qué tienes que pensar con el inglés?

—Porque no es lo mismo, mujer, el hip hop me sale solo, lo otro...

—Lo otro te va a salir antes todavía en cuanto dejes los prejuicios a un lado, no seas tontuela.

—Pero que te digo yo que no es lo mismo.

—¿No? Mira, vamos a hacer una cosa, ¿tú serías capaz de bailarnos algo a todos ahora mismo?

Así en frío, sin pensar nada.

—Pues claro, ¿por quién me tomas?

Berta comenzó a bailar y todos sus compañeros la rodearon.

—¡¡¡Genial!!! Y ahora sin pensar dales las gracias a todos y diles cómo te has sentido por su acompañamiento, venga.

La chica arrancó a hablar en inglés y sus compañeros la vitorearon.

—Venga, pues para romper el hielo, todos los mismo. Cada uno que muestre alguna habilidad que tenga y que después dé las gracias en público.

Uno a uno lo fueron haciendo y Harry me miraba con el pulgar hacia arriba. Una vez terminado todo el faranduleo, vino hacia mí y me felicitó.

—Reconozco que me has dejado anonadado, míralos todos en sus citas a ciegas, emparejados ya y contándoles a sus compañeros...

—La Biblia en verso, estos le están contando ya la Biblia en verso. Ten presente que, una vez que han perdido el corte, ya van cuesta abajo y sin frenos.

Una vibración del wasap me hizo tomar conciencia de que mis padres seguían de lo más preocupados.

“Valentina, hija, el director nos ha comentado tus intenciones. Tu padre y yo hemos decidido respetarlas y no volar hasta Glasgow. De todas formas, no vemos la hora de poder hablar contigo y explicarte. En cuanto quieras volver a casa, tienes las puertas abiertas. Por cierto, te hemos hecho un nuevo ingreso en tu cuenta”

—Así que ya no me necesitas porque vuelves a manejar pasta—concluyó Harry cuando se lo enseñé.

—Es verdad, en cuanto lleguemos a tu casa, cojo mis cosas y me voy. —Le saqué la lengua.

—Tú no te vas a ninguna parte, que una promesa es una promesa.

—No, no me voy porque estoy deseando llegar a casa contigo y que me prepares la cena...

—Eres mala, muy mala, sabes que la cocina no es mi fuerte.

—Huy, se me había olvidado. ¿Y cuál es tu fuerte si puede saberse? Porque yo quiero doble ración del que sea.

—Doble, triple y hasta que me pidas que pare—murmuró en mi oído, haciendo que mi piel se erizara tanto que temí que se me notara.

Cuando todos los alumnos se hubieron marchado, le ayudé a recoger.

—Te adoran, se ve en sus ojos, eres su profe preferido.

—Son una panda de peloterillos, pero sí...

—Yeah...

—Valentina, quiero contarte una cosa, porque seguro que has escuchado atrocidades de mí y no deseo que pases miedo.

—Tampoco es que seas el hombre del saco, pero que no eres muy de fiar para las mujeres sí

que se dice por ahí...

—Lo sé, reconozco que perdí un poco el norte después de lo que te conté, cuando me engañaron de aquella manera. Desde entonces no me había vuelto a enamorar... hasta ahora.

—¿Hasta ahora? ¿Quiere eso decir que estás enamorado de mí?

—Sí, Valentina, sí. Mientras, las mujeres que han pasado por mi vida no han dejado huella. No es que con ello quiera excusarme, pero tampoco les prometí nada. Nos divertimos juntos y cada una representó una experiencia más que olvidar, solo eso...

—Tampoco me des tantos detalles, que me vas a jorobar la noche, ya lo verás.

—No, lo que deseo es que la noche sea maravillosa y, para eso, tenemos que ser totalmente sinceros ambos.

—Pues entonces viva la felicidad y la botella de Lambrusco que nos vamos a meter entre pecho y espalda los dos, highlander mío.

Capítulo 14



Al lado de Harry los días pasaban volando. Y, a una semana de la Navidad, me dio una grata sorpresa.

—No hagas planes para este fin de semana que tú y yo nos vamos de viaje, preciosa.

—Bueno, bueno, eso será si mi agenda me lo permite, espera que voy a mirar—le dije bromeando.

—¿Has visto algo más de las Tierras Altas que no sean los highlanders y sus kilt?

—Ahora eres tú el que tiene guasita. Pues no, creí que eso era lo más importante. Me encantó cuando salimos la otra noche y vi el panorama. —Tiré con bala.

—¿Jugando a ponerme celoso? Mira que yo también tengo kilt, ¿eh?

—No me digas, como no te lo he visto, pensé que tú no usabas de eso.

—¿Cómo que no? Lo que pasa es que lo reservo para las ocasiones especiales.

—¿Para las ocasiones especiales? Pues mira que a mí se me ocurren un par de ellas en las que sería de lo más morboso que te lo pusieras.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa, pero yo hablaba de otro tipo de ocasiones.

—Mande...

—Me lo pondré, por ejemplo, cuando me case contigo.

—¿Con qué clase de setas alucinógenas has complementado el desayuno? Mira que yo no las he visto.

—Muy ingeniosa, pero algún día me darás la razón.

Aquellos comentarios me alegraban el alma. En el día a día, yo prefería no pensar en lo que pasaría con nosotros en el futuro, viviendo únicamente un maravilloso presente que estaba regado de dulzura y sexo a partes iguales. Sí, un sexo increíblemente bueno que mi highlander y yo disfrutábamos en cualquier momento y lugar, pues hasta las aulas de su instituto, una vez vacías, fueron testigos de nuestra pasión.

Era rozarnos, mirarnos y, ¡ya estaba el lío! En sus manos las variantes sexuales que se presentaron ante nosotros se me antojaron infinitas, pues no había vez que lo hiciéramos que se pareciera a la anterior.

—Pero vamos a ver, escocés de mis amores, ¿tú te has creído que yo puedo hacer acrobacias? —le decía cuando me veía en las más diversas y raras de las posturas.

—Tú puedes hacer todo lo que te propongas y, además, ¿vas a decirme que no te gusta? —me preguntaba con esa gracia que le caracterizaba y claro, una hacía el pino puente en la cama, que no solo me gustaba, sino que me fascinaba hacerlo con él.

Aquel viernes por la tarde, maleta en mano, nos subimos al coche.

Nuestro destino era Inverness, una ciudad de la que había escuchado hablar largo y tendido y en la que ya moría por poner los pies.

Allí dormiríamos en un romántico hotel después de una entrañable cena en la que nuestras miradas no pararon de hablar en ningún momento. Sí, de hablar, porque Harry y yo nos lo decíamos todo con los ojos ya a aquellas alturas.

—¿Qué te apetece hacer por Navidad, mi niña? Mira que nos podemos quedar en casa, pero también puedo acompañarte a la de tus padres, cenar y almorzar con ellos en las fechas más señaladas, aunque no nos quedemos allí si no quieres. Siempre existe la opción de alojarnos en un hotel.

—Eres un amor, Harry, ¿lo sabes?

Y lo era fundamentalmente porque, sabiendo yo como sabía que él estaba loco porque pasáramos la Navidad en su casa, estaba dispuesto a sacrificar su idea con tal de que yo me reconciliara con mis padres.

—No es para tanto, amor, no es para tanto. Es solo que yo deseo tu felicidad y mucho me temo que, totalmente enemistada con tus padres, no puedes ser feliz.

—Eso es cierto, pero necesito tiempo, no ahora... Estoy muy dolida con ellos y lo sabes, no puedo entender la razón por la que me han mentido todo este tiempo.

—Ya lo sé, amor, pero yo no creo que dentro de ese pecho tan precioso lata un corazón rencoroso ni mucho menos. Tú vas a saber perdonar, seguro que hay una razón de peso.

—Una razón de peso que me va a costar digerir, cariño, pero no hablemos de eso ahora, este es nuestro momento.

Amanecer en Invernes fue una experiencia inolvidable.

Ahora entendía la fama que precedía a una ciudad que llaman la puerta de entrada al Lago Ness. Después de una nueva noche de pasión, ya que los fines de semana eran maratones de cama para ambos, nos dispusimos a disfrutar de lo mucho que aquella pequeña ciudad tenía por ofrecernos.

—Este es uno de los sitios con más encanto de Escocia, bonita—me contaba Harry en aquel precioso parque por el que daba gusto pasear, aunque de su mano bien podría yo haber paseado loca de contenta hasta por el desierto del Sáhara. *Ness Islands*, situadas en medio del río Ness fue nuestro primer destino.

El *Great Glen Way*, un camino de esos de película, me conmovió igualmente. De los más famosos de Escocia también, aquella preciosa caminata no me la hubiera perdido por nada en el mundo.

El siguiente alto en el camino fue para hacernos una simpatiquísima sesión de fotos en el castillo de Inverness, tras lo que nos hicimos otras tantas delante de la catedral de Saint Andrews.

—Ya está bien de selfis, vamos a pedirle a alguien que nos saque una foto—le comenté a Harry.

—Yo os la puedo hacer—nos dijo aquella pequeñaja que apenas levantaba un palmo del suelo y lucía la mejor de las sonrisas.

—¿Te gusta hacer fotos? —le preguntó Harry mientras le daba un pellizquito cariñoso en el cachete ante la atenta mirada de su madre.

Por toda respuesta, la pequeña asintió con la cabeza.

—¿Cuántos añitos tienes?

El mohín que acompañó a su respuesta me resultó entrañable.

—Cinco.

—¿Y con cinco añitos ya haces fotos? Eres una niña prodigio.

—¿Qué es prodigio? —Sus ojos se abrieron mucho.

—Pues una niña que va a lograr todo lo que desee en la vida, ¿sabes?

—A mí me gustaría ser fotógrafa y también tener un marido tan guapo como el tuyo—me soltó y se quedó tan campante.

—No es mi marido, es mi...

Me quedé callada porque no sabía ni qué decirle que era.

—De momento soy su novio, me queda un largo camino para convencerla de lo otro—le comentó Harry a la pequeña con tal seguridad que me dejó pasmada.

La foto en cuestión quedó genial y él no dudó en ponerla como fondo de pantalla, un gesto que me conmovió.

Seguidamente, me tomó por la cintura y seguimos andando.

Estábamos haciéndolo cuando la lluvia se nos adelantó y, al final, no tardamos en refugiarnos en un magnífico restaurante con unas vidrieras amplísimas a la calle.

Ver el trasiego de gente bajo el manto de lluvia y la música de fondo que evocaba a aquel ambiente navideño, no tenía precio.

—¡Tenemos que decorar la casa! —exclamé de repente.

—¿Decorarla de Navidad? ¿Es eso?

—Claro, ¿cómo vamos a pasar unas Navidades en ella sin haberla decorado?

Tenía tantas cosas en la cabeza en los últimos tiempos entre el problema con mis padres, las clases en la universidad, prestar ayuda a Harry en sus proyectos y nuestra relación, que ni siquiera había caído en eso.

—Creo que tendremos que ir a comprar algunos adornos navideños. En casa hay dos cajas completas de ellos, los que hemos puesto toda la vida, pero yo quiero que el árbol de Navidad de este año sea especial y tenga un toque muy nuestro—me comentó.

—Me parece bien, pero sin perder la esencia de lo que hayan sido tus Navidades de siempre ¿eh?

—Hecho, aunque, si te soy sincero, la casa no ha vuelto a ver una decoración navideña desde que mi familia falleció.

—Pues eso es algo que tenemos que cambiar y hay que hacerlo ya.

Después del postre nos dirigimos al centro histórico de Inverness, un lugar que resumaba encanto por los cuatro costados. En el mercado victoriano nos encontramos varios puestecitos con adornos navideños que hicieron nuestras delicias.

—Quiero esta y esta... Y estas otras. —Parecía una niña pequeña, no podía hacerme más ilusión aquella compra.

—Se lleva seis de las diez, señora, para eso, igual las querría ya todas. —El chico del puesto señalaba aquellas maravillosas bolas que iban a juego.

—No sé—murmuré pensando en que, a la par que preciosas, eran un poco caras.

—Espero que no lo digas por el dinero.

—Hombre, Harry, baratas no son...

—No me lo puedo creer, por favor, ponnos todas en una caja y también aquel juego, chaval. — Señaló a otro al que yo también había estado mirando.

De por mí, me habría llevado el puesto entero, pero más me valía cerrar el pico porque, en lo tocante a Harry, también parecía estar por la misma labor con tal de darme el gusto.

Yo no es que estuviera acostumbrada a pasar estrecheces ni mucho menos, que siempre había tenido todo lo que quise y más, pero es que aquel hombre era generoso por demás...

Capítulo 15



El lunes por la tarde yo estaba hablando con Maggie, con la que había almorzado, contándole que esa noche íbamos a decorar la casa.

Aunque en principio Harry me iba a recoger para almorzar juntos, ese día le había surgido una clase imprevista en el trabajo y me envió un mensaje diciéndome que no podría pasar por mí hasta por la tarde.

—Me ha venido genial que te llamara, que ya le iba yo a decir dos cosas al tal Harry, ¿qué viene a ser esto de robarme a mi amiga día sí y día también?

Después de todo lo que se había formado, yo abandoné el colegio mayor, pese a que volví a las clases. Visto lo visto, Harry y yo no sabíamos estar el uno sin el otro y no soportaba la idea de pasar las noches separadas de él, pues tal cosa hubiera supuesto para mí una pérdida de tiempo total. Eso hizo que viera a Maggie y a las chicas menos tiempo, aunque también procuraba sacarle el máximo partido al que pasábamos juntas.

—Huy, me cuenta Rose que esta noche hay fiesta, dime por favor que vas a venir, aunque sea la última que celebres con nosotras. —Maggie acababa de recibir un wasap.

—No, por favor, no me gustaría decirle a Harry que prefiero irme de fiesta antes que pasar la noche con él.

—No seas sosa, me lo debes, es la última. Te prometo que no te lo pediré más, anda porfita.

—Eres una lianta de mucho cuidado.

—Dime de verdad que no te apetece celebrar una última con nosotras y te dejaré en paz, pero es que no me lo creo.

—No es eso, es que me estoy acostumbrando a pasar las noches con él, Harry tiene un no sé qué que no encuentro en ningún otro lugar.

—No me hagas decirte lo que tiene Harry porque eso lo sé yo perfectamente, qué tiene y dónde lo tiene, para más señas...

—No seas borde, que no me refería solo al sexo.

—No, no, que a ti el sexo con él no debe gustarte, claro.

—Pues naturalmente que me gusta, pero que no es lo más importante, que lo que pasa es que...

—Es que te has enamorado de él, a ver si te crees que no tengo ojos en la cara.

—Bueno, no sabría yo decirte si es enamoramiento ya o...

—No, si no hace falta que me lo digas tú, eso ya te lo digo yo. Es, es enamoramiento... y del bueno. Y lo mejor es que él está que no caga también contigo.

—Maggie, tengo miedo... En nada debo volver a España y ni siquiera me hablo con mis padres. Y no voy a saber vivir sin Harry...

—¿Tú te estás escuchando? Si tú misma te estás dando la solución. Quédate con él, es un buen hombre y te adora, ¿qué tienes que perder?

—Nada, no tengo nada que perder, pero tampoco veo mi vida aquí, lejos de mi ciudad, de mis amigos y...

—Y de tus padres, cabezona, que anda que vaya hueso duro de roer que estás hecha...

—Otra con lo mismo.

Le envié un mensaje a Harry diciéndole que aquella noche me quedaba con las chicas.

“Perfecto, pero que sepas que te echaré mucho de menos. Mañana te veo a la hora de almorzar. Luego te llamaré para darte las buenas noches”

—Es que lo tiene todo el tío, míralo—me comentó Maggie cuando le enseñé el mensaje.

—Sí, es cariñoso, atento, apasionado y...

—Y empotrador, y empotrador... Y encima rico. Oye, ¿tú no sabrás si tiene por ahí un amigo con las mismas características o parecidas?

Le di la razón, Harry lo tenía todo. Si alguien le hubiera querido buscar los tres pies al gato en relación con lo nuestro, quizás podría argumentar lo de la diferencia de edad, pero eso era algo que no me preocupaba en absoluto. Aunque nunca había estado con un hombre de la suya, su madurez constituía para mí uno de sus grandes atractivos, que lo hacía arrebatadoramente sexy.

Después de cenar comenzó la fiestecita en cuestión.

—Yo no debería estar aquí, como me cojan, me ponen de patitas en la calle.

—No seas pavisosa y, si te pilla, ya veremos lo que nos inventamos. En cualquier caso, en la calle no te ibas a quedar, que para eso vendría volando a por ti tu highlander.

Hablando de eso, me extrañó que, a cierta hora, Harry no me hubiera llamado para darme las prometidas buenas noches. En él me rayó bastante, pero cabía la posibilidad de que se hubiera quedado dormido o algo parecido.

Pese a eso, yo soy de las que se desinflan en cuanto me falta un detalle y no pude evitar que se me notara.

—¿Qué te pasa, petarda? No me vayas a dar la noche, ¿eh? ¿Quieres dejar ya el teléfono? —me riñó Maggie mientras el resto de las chicas brindaban sin formar demasiado escándalo para que la fiesta no fuera cortada de raíz.

—Es que no me pega nada en él, ¿no te parece?

—Se habrá quedado dormido o se habrá distraído o...

—¿O qué? No te cortes ahora, mujer.

—O lo mismo también ha aprovechado para salir a tomarse hoy unas copichuelas con sus amigos, que el hombre tendrá vida más allá de ti, digo yo.

—Pues tienes toda la razón, que me estoy poniendo muy...

—Muy muermo, hija, muy muermo. Pareces una vieja aquí en el rincón dale que te pego al móvil, hasta encorvada te vas a quedar.

—Muy simpática eres tú, qué mona...

—Anda, mona, tira para acá que vamos a brindar tú y yo por los polvazos esos que te va a echar Harry. Mañana te tocará ración doble, ahí donde lo ves.

Le seguí el rollo a mi amiga, pero no pude hacerlo durante demasiado tiempo porque los miedos volvieron a instalarse en mi cabecita.

—¿Otra vez con la tecla? Mira que eres cansina, vente para acá—me comentó y no tuve más remedio que hacerle caso.

Estaba deseando que terminara la fiesta, no puedo decir que me lo pasara bien. Al acostarnos, Maggie me echó la bronca.

—Eso que tú sientes es apego y del malo. Cuidadito, ¿eh? Que está muy bien lo de tener pareja,

pero si en cuestión de días ya no eres ni capaz de pasarlo bien con tus amigas, lo mismo te lo debías hacer mirar.

—No es eso, amiga. Yo me lo hubiera pasado estupendamente de haber sido todo normal, pero es que hay algo raro en todo esto, te lo digo yo.

—¿Algo raro porque no te haya dado las buenas noches? Mujer, que seguro que se ha quedado dormido como un tronco. Y como un tronco me voy a quedar yo en tres, dos, uno...

Los ojillos de Maggie se cerraron al mismo tiempo que los míos estaban cada vez más abiertos. No era solo que no me hubiera llamado o escrito, sino que Harry no respondió a ninguna de las varias llamadas que le hice, preocupada.

Y con la misma preocupación llegó el día. Y, cuando no dio señales de vida, yo supe que algo malo estaba sucediendo.

Pensé en llamar a su centro de trabajo cuando caí en la posibilidad de que podía telefonar a Berta, la chica del hip hop, que me había dado su número el día que la conocí a requerimiento mío, pues la vi algo más necesitada de protección que al resto.

La tarde antes, ellos habían tenido una clase con Harry y yo le preguntaría si lo encontró bien y a qué hora lo vio por última vez.

—Berta, soy Valentina. Mira, una cosita, estoy inquieta por Harry, no tengo noticias tuyas. ¿Tú ya estás en el instituto?

—Sí, pero no lo he visto por aquí.

—¿Acabasteis tarde ayer?

—No demasiado, porque Harry terminó antes cuando apareció una antigua profesora, Celine, una francesa muy refinada, ¿sabes?

¿¿Celine?? Ese era el nombre de la mujer que le había partido el corazón a mi highlander. Maldita sea, ¿cómo era posible? La franchute aparecía y él se olvidaba de mí. Y no solo eso, sino que por la mañana seguía sin haber rastro de su persona.

Quería tirarme de los pelos, patalear y hasta maldecirlo... Mucho hablar de que ella le había traicionado y ahora era él quien me traicionaba a mí con ella. Sin pensarlo un instante, cogí un taxi y me dirigí a su casa. Yo tenía las llaves, solo sería entrar, coger mis cosas y no dejarle ni una triste nota de despedida.

Capítulo 16



Metí la llave en la cerradura con la frente perlada de sudor. No quería pensar que hubiese tenido el total descaro de llevarla a su casa y que ahora me encontrara yo un numerito de dos pares de narices.

—¿Harry? —pregunté al entrar, porque si me iba a llevar semejante berrinche, lo mejor era que lo supiera pronto.

Mis palabras resonaron en la mansión, que parecía vacía y, como alma que lleva el diablo, corrí al dormitorio a recoger mis cosas a toda pastilla. Lo hice con las lágrimas recorriendo mi rostro, volviendo a maldecir mi suerte una y otra vez.

¿Qué tenía esa mujer para lograr que mi chico se hubiera olvidado de mí en tan pocas horas? Me resultaba increíble, me resultaba repugnante, me resultaba...

Iba a salir ya por la puerta para decir definitivamente adiós a tan señorial mansión cuando sonó el teléfono fijo.

—¿Residencia de Harry Glenn? —preguntó aquella voz.

—Sí, pero él no se encuentra, no podrá ayudarles y yo tampoco, yo solo estoy de paso.

Era tan temprano que ninguna de las personas de servicio había llegado aún, pues desde que yo estaba en la casa se incorporaban un poco más tarde.

—Ya, quizás usted sí que pueda ayudarnos. Harry está ingresado en nuestras instalaciones, siento comunicarle que ha sufrido un accidente de tráfico.

La maleta cayó a mis pies, me quedé inmóvil y apenas pude articular palabra.

—¿Está ahí, señorita? Le paso nuestras señas para que pueda acercarse por aquí.

Anoté las señas y me prometí que no iba a hacer más suposiciones. ¿En qué momento había sufrido aquel accidente? ¿Habría ocurrido yendo él solo o con Celine? ¿Pasaron la noche juntos o no?

Sea como fuere y pese a que mis sentimientos seguían muy tocados, me marché como una bala para el hospital.

—Ha sufrido una fuerte conmoción, pero ahora ya está consciente. El accidente ocurrió a primera hora de la noche y el paciente quedó aprisionado y sin conocimiento en el asiento del copiloto. Cuando llegó estaba totalmente desorientado y se quedó dormido, aunque puedo decirle que no paró de mencionar el nombre de Valentina, incluso entre sueños—me comentó el médico y agradecí al cielo que estuviese bien.

Entré a verle, ya con la tranquilidad de que mi chico no me había hecho ninguna trastada y traté de animarle, aunque todavía seguía con la espinita dentro de lo que pudiera haber sucedido con la franchute cuando se presentó de improviso la tarde anterior.

—Pero vamos a ver, alma de cántaro, ¿se puede saber por qué razón tienes que llamar así mi atención? Esto no está nada bonito, que lo sepas...

—Valentina, por fin. No sabes cuántas veces te llamé anoche desde mi coche.

—Pues por teléfono no sería, que no sabes la de veces que miré la pantalla, acojonada por no saber de ti.

—¿Te he asustado, pequeña?

—Hombre no, si te parece... A mí esto no me lo hagas más, ¿eh? ¿Cómo estás?

—Parece que me he partido una pierna y lleno de rasguños, hecho un cromo.

—Huy, huy, que tú lo que estás buscando es una enfermera gratis, se ve venir...

—Sabes que no es eso, aunque nada me gustaría más que fuera tú quien me cuidara.

—Y yo estaré encantada de cuidarte, aunque queda un fleco suelto.

—Sí, un flecho que se va a convertir en una cuerda con la que ahorcarme si no te lo explico pronto, ¿no es eso?

—Yo no podría haber dado más en el clavo. Suelta la lengua a pasear, anda.

—Celine se coló ayer de improviso en el instituto. Según me dijo, una compañera con la que seguía manteniendo amistad tras su marcha le comentó lo nuestro y parecía ida. En sus palabras, no había podido olvidarme y, cuando pensó que lo nuestro pudiera ir en serio, se plantó aquí, como quien sale a dar un paseíto a la manzana.

—¿Desde París? Esa mujer está como un cencerro.

—Sí, yo le dije que no tenía absolutamente nada que hablar con ella y se enfureció hasta el punto de que, sin que me diera cuenta, me siguió con el coche de alquiler con el que llegó a verme.

—¿Provocó ella el accidente? —le pregunté llevándome las manos a la boca.

—Me temo que sí, la policía acaba de detenerla en su hotel. En un momento dado, presa de la ira, comenzó a hacerme ráfagas y, viendo que yo pasaba de ella, me adelantó y se me cruzó en la carretera. Yo me llevé la peor parte, a ella la vi salir por su propio pie.

—Encima con suerte la muy puñetera. No sé qué decir, cariño, si te llega a pasar algo por su culpa yo me busco una ruina, no sé lo que le hago.

—No tienes que decir nada, preciosa, con ese “cariño” ya me lo has dicho todo.

—No, no corras tanto...

—¿Correr? ¿Tú me has visto? Creo que voy a tardar una buena temporada en poder volver a hacerlo.

—Ya, ya, pero que eso no significa nada, ¿eh? Que yo es que hablo así, un tanto dulce.

—No le des más vueltas, Valentina. Te ha salido del alma porque ya me empiezas a querer, aunque solo sea un poquito. Y sí, hablas dulce, eres dulce y hasta... ¡hasta sabes dulce!

Sus risas llamaron a las mías y no pude más que claudicar.

—Vale, yo te quiero un poquito. Pero tú a mí más, ¿eh?

—Claro que sí, con un poquito me conformo, yo a ti siempre más...

Bien sabía Dios que no era cierto, que no era un poquito lo que yo lo quería. Harry se estaba metiendo en mi corazón, en mi alma, en mi cabeza y en cualquier resquicio por el que viera posibilidad de colarse.

Esa misma tarde le dieron el alta y nos fuimos para casa. Daba igual que estuviera arañado por todos lados, con más bollos que el orinal de un loco y con la pierna a la virulé; él me había prometido que íbamos a decorar la casa aquella noche y así fue.

—Lo siento mucho, pero con la medicación no hay chupito de whisky que valga—le dije una vez que pidió uno para brindar por lo ideal que nos había quedado el salón.

—Pues nada, a sus órdenes, ¿te gusta el resultado? —me preguntó mirando a todos los lados aquella enorme estancia.

—¿De lo nuestro? Pues no sé, eso ya se verá—le contesté con sorna.

Capítulo 17



Con tanto trajín apenas me dio tiempo a darme cuenta de que había llegado el día de Nochebuena, si bien Manoli se ocupó de todo en la cocina. Era un amor aquella mujer y además me encantaba tener a una compatriota cerca aquella mañana, si bien ella libraría a partir de las tres de la tarde.

Pasamos varias horas con ella en la cocina, contándonos cosas de cómo eran sus Navidades de niña, un sinfín de anécdotas con las que nos lo pasamos de fábula.

Yo estuve ayudándole con todos los preparativos para la cena y Harry echó también un buen cable, sobre todo en lo tocante a amasar las exquisitas tortas de miel que nos dejó preparadas tan excelente cocinera.

—¿No te parece que aquí hay comida para un regimiento? Y luego dicen de los españoles, anda que vosotros no os pasáis también tres pueblos con la comida, amor.

—Mejor que sobre que no que falte, bonita. Además, Manoli no viene mañana, de modo que es comida para dos días.

—¿Para dos días? Querrás decir mejor para dos semanas, que yo no he visto una cosa igual en mi vida.

—Yo sí que no he visto una cosa igual que tú, de bonita, digo...

—Anda, anda, tú sí que eres bonito. Y mira que parece que te ha cogido un gato cabreado y te ha dado la del pulpo. Yo no he visto más arañazos en mi vida, hombre de Dios.

—Sí que estoy que doy pena, sí, es verdad.

—Tampoco exageres, ¿eh? Que a mí no me das ninguna pena, a mí lo que me das son unas ganas de...

Daba igual que estuviera como un Cristo o que tuviera la pierna escayolada. Era decir yo esas cosas y lograr que se desatara la tormenta de inmediato. Nada en el mundo me gustaba más que provocar al highlander que a su vez me provocaba taquicardias, por lo que la sobremesa fue de vértigo.

Tras ella, dormimos una horita y enseguida mi chico me animó a que me arreglara.

—Tampoco creas que tengo aquí el oro y el moro de ropa para las fiestas, ¿eh? Que ya me dirás si lo que cabe en una maleta da para tanto.

—Yo de ti miraría en el interior del armario de invitados, que igual Santa Claus ha dejado algo para ti.

—Pero si Santa Claus no llega hasta esta noche, no puede ser...

—Tú visualiza un vestido bonito, a ver si aparece.

Y claro que apareció, una maravilla en plata con todos los complementos en azul eléctrico, que hicieron que se me saltaran las lágrimas, que para algo era yo una llorona de libro.

—Es precioso... y los complementos una maravilla. Yo tengo mi vestidor lleno de cosas

maravillosas en España, pero estas tienen un significado especial, un millón de gracias.

—No es nada, mi niña, estaría bueno que fuésemos a cenar nosotros de cualquier manera. Hoy es una gran noche y vamos a celebrarlo.

—¿Tú también vas a ponerte como un galán de cine? Eso no me lo pierdo.

—Por supuesto, tengo que estar a la altura de las circunstancias.

Entré a ducharme, para ponerme divina de la muerte, y en la cabina de ducha de nuestro dormitorio, que más bien parecía una nave espacial, suspiré. Por mucho que estuviera aguantando el tipo me pesaba como una losa no ver a mis padres en un día como aquel.

Los demás tenían razón, una cosa era dar mi brazo a torcer por completo y otra muy distinta no haberles enviado ni un mísero mensaje de felicitación aquel día.

Tenía que bajarme del burro y comenzar a ser menos cuadrículada. Eso fue lo que decidí, por lo que les escribiría deseándoles unas magníficas fiestas en cuanto saliera del baño.

Sea como fuere, yo sabía que aquello tenía mucho de hacer un gran papel, porque mis padres no podían pasar unas estupendas fiestas navideñas sin mí. Y yo solita había cavado mi propia tumba, porque tampoco podría hacerlo sin ellos.

En cualquier caso, si había alguien que no debía pagar los platos rotos de aquello era Harry, quien había hecho lo imposible porque nos reuniéramos, no logrando más que una negativa por mi parte.

Salí del baño y me dispuse a maquillarme y a pasarme las planchas. Si cerraba los ojos, podía ver tras de mí a mi madre, a quien le encantaba desde niña arreglarme el pelo y quien solía darle los últimos retoques a mi melena pese a que ahora fuese mayor.

También me faltaba la sonrisa de mi padre diciéndome lo guapísima que estaba y que tuviera muchísimo cuidado con los chicos con intenciones dudosas, como él solía llamarlos.

Mi padre, que en realidad no lo era. O sí, que para eso era quien me había criado, dado su apellido y mimado.

De repente me sentí como eso, como una niña mimada que ni siquiera les había dado a ambos la oportunidad de explicarse. Si a mí aquello me dolía como la huella sobre la piel de la impresión de un hierro candente, a ellos no debía dolerles menos.

Viendo el resultado de mi arreglo en el espejo, comencé a escribirles aquel mensaje.

“Queridos mamá y papá. Sé que esta noche estáis muy lejos de mí, pero no quiero dejar pasar la ocasión para desearos una bonita Navidad y para deciros que ya os he perdonado, con independencia de cuáles fueran vuestras razones para ocultarme la verdad. Siento haber sido tan dura y os prometo que en unos días estaré en casa para poder daros el abrazo que merecéis. Por cierto, no lo haré sola, os llevo a un yerno, Harry. Os quiero”

Ni veinte segundos y la respuesta estaba en mi móvil.

“Estamos más cerca de lo que crees hija, porque cuando la gente se quiere, la barrera de los kilómetros se borra. Feliz Navidad, Valentina”

Muy bonito y muy metafórico, pero mi cabezonería había provocado que pasáramos una Navidad separados. Y ahora daría lo que tenía por poder decirles en persona cuánto necesitaba su abrazo.

Bajé las escaleras en busca de Harry, que se estaba preparando en el aseo de abajo, ya que debía evitar estar todo el día escaleras arriba y escaleras abajo.

—Guauu, qué guapísimo estás. —No es solo que pareciera un galán, sino que parecía uno de esos de Hollywood que hacían babear a las féminas de todo el planeta.

—¿Y me lo dices tú, mi amor? ¿No seré yo el hombre con más suerte del mundo entero?

Harry dio la vuelta alrededor de mí con un silbido que me hizo reír y, antes de que terminara de hacerlo, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté pensando que ya estábamos solos y que ninguna visita estaba por llegar.

—¿Yo? Qué va...

Bien que se hizo el tonto. Corrí a abrir y me quedé inmóvil cuando, perfectamente ataviados para la ocasión, vi a mis padres en la puerta.

—¡Mamá, papá! Pero ¿qué hacéis aquí? No me lo puedo creer.

—Valentina, hija, ¿te alegras de vernos?

—Mucho, papá—insistí en pronunciar bien aquellas dos últimas sílabas para que él supiera que le seguía considerando como lo que siempre fue, como mi padre.

—Yo no tenía ni idea de nada de esto—bromeó Harry quien había sido el artífice del encuentro.

—No, ¿verdad? Papá, mamá, os presento a Harry, mi novio, aunque por lo que veo, ya habéis hablado más de una vez.

—Y más de dos y de tres estos días, hija. —Mi padre fue a darle el encuentro para estrecharle la mano mientras Harry avanzaba igualmente hacia él, a su ritmo, con la escayola incluida.

Todavía no era la hora de la cenar, por lo que les ofrecimos un rico licor y nos sentamos con ellos en el sofá.

—Hija, tu padre y yo te debemos una explicación. —Mi madre comenzó diciendo aquello temblorosa.

—No es necesario que sea ahora, mamá, yo me he puesto muy bruta con esto y no me siento especialmente orgullosa por ello.

—Es normal que te pusieras así, nosotros no hemos sabido manejar la situación con la suficiente soltura.

—No, mamá, no es normal. Es cierto que me dolió muchísimo que no me lo contarais, pero tampoco tenía derecho a juzgaros sin escucharos antes. He sido muy injusta, vosotros siempre me habéis dado amor a raudales y yo estos días no os he pagado con la misma moneda, sino con la ira y la indiferencia y no me siento en absoluto orgullosa de ello.

—No tiene importancia hija, ahora somos tu padre y yo los que te debemos una explicación. Verás cariño, yo me quedé embarazada en Méjico, antes de conocer a tu padre. Fue de mi novio, un chico con el que llevaba un año y que a mi familia no le agradaba en absoluto, porque ellos, que no estaban ciegos como yo en ese momento, veían ya en él cosas que nos le cuadraban en absoluto.

—Lo siento, mamá. ¿Y qué pasó?

—Pues que fue contarle lo del embarazo y no volver a verle, tan sencillo como eso. Aquel miserable se fue por la puerta de atrás y, por más que le busqué, yo seguía sin saber de él. Para colmo, enamorada como seguía, y queriendo pensar que su huida era algo temporal, me enfrenté a mi familia porque no soportaba que le pusieran a caldo a cada momento.

—¿Y por eso te viniste a España?

—Sí, por fortuna yo ya tenía mi título en la mano. Todavía estaba embarazada cuando conocí a tu padre y él me prometió que se haría cargo del bebé.

—Y ahí llegó el enfrentamiento con mis abuelos paternos, ¿no?

—Exacto, tus abuelos Vicente y Aurora vieron en mí a una oportunista de mucho cuidado que, según ellos, quería colarle el mochuelo a su hijo.

—Pero tú no querías colarle nada, papá tú sabías que mamá estaba embarazada desde el principio.

—Claro que lo sabía hija y, de hecho, yo moría por poderte poner mi apellido desde el día que nacieras, pero el ambiente se fue enrareciendo tanto entre mis padres y nosotros que tu madre no lo consintió entonces.

—Mamá, ¿por qué hiciste eso?

—Porque yo quería demostrarles a tus abuelos que no era un apellido lo que buscaba para mi hija. Cierto que en tu padre encontré al hombre perfecto para formar una familia, pero no tenía prisa.

—Sin embargo, tú sí, papá...

—Yo sí porque lo mucho que os quería me situaba por encima de lo que dijeran los elitistas de mis padres, que no veían más que billetes por todas partes.

—Y entonces...

—Entonces, pocos meses después de que nacieras le pedí matrimonio a tu madre y ella accedió por fin a que te pusiera mi apellido.

—Pero mamá, eres muy valiente, pudiste perder esa oportunidad por el camino y quedarte sola, en un país que no era el tuyo y con un bebé recién nacido.

—Sí, pero no le rías la gracia, hija, que no sabes lo mal que lo pasé hasta que por fin accedió a todo—repuso mi padre.

—Sí, sé que te lo hice pasar fatal, Gonzalo, y no me alegro por ello, pero actué como pensé que debía hacerlo.

—¿Y por qué no me contasteis todo esto desde el principio? Yo lo hubiera entendido.

—Hija, porque tu nacimiento trajo consigo una guerra campal con mis padres y nosotros no queríamos que tú te sintieras culpable por nada en el mundo.

—Ya, pues buena la habéis liado, pollitos, buena...

Harry cogía palabras sueltas de una conversación que mantuvimos en su presencia en castellano, por lo que me vi obligada a hacerle un resumen, tras el cual él sonrió.

—Y otra cosa, el otro día me llamó la abuela Aurora, pero yo no pillé el teléfono.

—Sí, cuando toda esta polémica se desató, me frustré tanto que apelé a su conciencia y quise que mi madre te llamara para contarte de primera mano lo sucedido. Con los años, tus abuelos parecen arrepentidos y pensé que quizás, escuchando todo aquel desastre de su boca, pudieras perdonarnos antes.

—Pues a buena emisaria me fuisteis a enviar, pasé de escuchar sus explicaciones, nunca me he sentido querida por ellos.

—Lo sabemos, pero tus abuelos nos han pedido perdón en estos días y parece que buscan un acercamiento. Se sienten mayores y desean conocer a su nieta.

—Pues a buenas horas mangas verdes.

—Nunca es tarde para dar una oportunidad, Valentina.

—Bueno, ya lo veremos, que están siendo demasiadas emociones de una sola tacada. Y otra cosa, ¿a vosotros qué os pasaba estos días que parece que estabais muy raros? No quiero más sustos, ¿eh? Ya me podéis decir la verdad.

—Pues que, como tú siempre has dicho, esta mujer parece tener un viejo en la barriga y no paraba de insistirme para que te contáramos la verdad antes de que la descubrieras por ti misma. Me lo dijo hace unos meses y me sentí fatal, aunque disimulé, pero conforme pasaban las semanas me fue dando más y más miedo y comenzamos a discutir. Ya por fin está todo solucionado y

volvemos a ser los de siempre.

—Pues anda que vaya telita, me teníais con el corazón en vilo...

Capítulo 18



Fueron unas Navidades inmensamente felices. Mis padres se quedaron con nosotros durante unos días, pues el Fin de Año ellos iban a celebrarlo en Suiza y nosotros en Edimburgo, una ciudad que nos cogía bastante a mano y que yo todavía no conocía.

No en vano, aquella aparecía entre los listados de las mejores ciudades del mundo para darle la bienvenida al Año Nuevo.

Llegamos a Edimburgo el día veintinueve, con idea disfrutar como Dios manda del *Hogmanay*, esa extraordinaria celebración que se extiende a lo largo de tres días y dos noches.

—Y después los fiesteros somos los españoles, anda que no os lo montáis bien ni nada.

Aquel era un impresionante despliegue de festividades que viví de la mano de Harry quien, feliz, iba explicándome una a una sus tradiciones y una serie de costumbres ancestrales que me dejaron con la boca abierta.

Su despliegue de antorchas, sus actuaciones callejeras, los fuegos artificiales y sus incomparables fiestas al aire libre me encandilaron desde el primer momento, haciéndome sentir que aquellas iban a ser unas Navidades realmente únicas.

En concreto, y dado que a mí la cultura vikinga me atrae desde niña, disfruté como una enana con el mencionado desfile de antorchas que se celebró en la ciudad el día treinta.

Miles y miles de personas nos congregamos en puntos cercanos a la *Royal Mile* con nuestras antorchas encendidas, desfilando en procesión al ritmo de unas pegadizas percusiones que nos llevaron hasta el parque de *Holyrood*.

Ya en el parque, también me entusiasmó el espectáculo de fuegos artificiales del que disfrutamos como colofón de un día que no pudo ser más intenso.

Hice como un millón de fotos y le pasé varias a Alba, pues sabía bien que aquello le encantaría. También me acordé de Maggie y le envié varias, pues la escocesa, aunque era mi amiga desde hacía tan solo unas semanas, también me había calado hondo.

La Nochevieja la pasamos en una multitudinaria fiesta al aire libre en la que se congregaron la friolera de varias decenas de miles de personas.

Yo no había visto más gente junta en mi vida y Harry yo nos hicimos un montón de selfis, varios de los cuales se los enviamos sobre la marcha a mis padres junto con nuestros mejores deseos.

Lo mejor del caso fue que ellos también nos enviaron algunos de los de su fiesta y, para nuestra sorpresa, no estaban solos. Mis abuelos Vicente y Aurora se habían desplazado desde Suecia a Suiza para pasar tan destacada noche con ellos, demostrando así que sus intenciones de firmar la pipa de la paz eran ciertas.

—Pide un deseo—me dijo Harry delante de aquellas pantallas gigantes que complementaban los numerosos bares y escenarios por los que no paraban de desfilan artistas y grupos callejeros.

—Ya lo he pedido—le contesté sin vacilar.

—Qué rápido, me sorprendes. Aunque, si yo tuviera que pedir uno, lo haría volando también.

—Pues hazlo y en alto, a poder ser.

—¿Y se cumplirá si lo verbalizo?

—Tú prueba, la vida es riesgo.

—Amor, yo lo único que quiero es que te quedes a vivir conmigo.

—¿Y cómo lo haríamos?

—¿Eso es un sí?

—Eso es una pregunta.

—Pues en mi casa si te parece, aunque pasaríamos todos los períodos vacacionales que te apetecieran en España. Yo no pretendo que renuncies a tus raíces, solo que las diversifiques.

—No sé, no sé, no soy un árbol, vamos a ver lo que decido.

—No seas malilla que van a tocar las campanas y quiero entrar en el Año Nuevo con el mejor de los pies.

—¡Qué presión! Entonces parece que voy a tener que decirte que sí porque, si no, cualquiera te aguanta.

—¿Sí? Me cogió en brazos y mucho me temo que, con mis botas altas, le di un taconazo a más de uno de los presentes mientras él daba vueltas conmigo encima y chillaba un ¡se viene a vivir conmigo!

Llegamos a lo justo a las uvas, tanto que los dos nos atragantamos.

—Ha sido tu culpa, me las pagarás—le dije mientras comenzaba a besarle y pensaba que era imposible comenzar un año mejor que aquel.

—Pues no te lo pierdas, que cuando menos te lo esperes, te doy un susto y te pido otra cosa, ¿eh?

—Tú no escupas para arriba, que demasiado bien te está saliendo todo, anda. —Me hice la interesante.

—Bueno, bueno, ya veremos. Yo solo te digo que siempre he conseguido todo aquello que se me ha metido entre ceja y ceja.

—Tú eres muy vacilón, ¿no, highlander?

—Creo que ni la mitad que tú, chiquitina...

Si algo recuerdo de aquella noche, es el resonar de nuestras risas y el brillo de nuestras sonrisas, que hubieran podido iluminar por sí solas una fiesta que resultó inolvidable.

Capítulo 19



Por mucho que yo creyera que quizás se precipitara, Harry tenía sus propias ideas y no tardó en hacérmelo saber al verano siguiente. Estábamos de vacaciones en España cuando una noche, dando un paseo a la luz de la luna, me lo soltó de sopetón.

—Preciosa, ¿tú y yo cuándo nos casamos?

No fue una pedida convencional, ni yo tampoco la esperaba, porque él venía “amenazándome” con la cuestión día sí y día también desde que nos fuimos a vivir juntos.

—¿Me lo estás pidiendo formalmente, es eso? —le pregunté con los ojos como platos.

—¿Tú qué crees? Llevo esto en el bolsillo desde hace tres días....

Sacó una coqueta cajita en cuyo interior lucía un elegantísimo anillo que me dejó obnubilada.

—Harry, es, es... Dios mío, qué preciosidad.

—No es ni la mitad de bonito que tú, ¿eso es un sí?

—¡¡Sí, claro, me caso contigo!!

Esa vez no quise hacerle rabiarse más. Deseaba gritar a los cuatro vientos que me iba a casar con el hihglander que me hacía inmensamente feliz desde hacía meses.

Sí, solo unos meses, pero suficientes para comprobar que Harry era el hombre atento, culto, encantador, detallista y cien por cien atractivo con el que toda mujer sueña.

Una auténtica bicoca, como me dijo Alba al día siguiente cuando nos reunimos con mis amigos y les enseñé la mano con el anillo.

—Le llegas a decir que no y sería para sacarte en las noticias, el jodido no puede ser más completo, vaya cochina envidia que me estás dando.

Sus palabras, mientras me daba aquel fortísimo abrazo, me llenaron de alegría. Y de alegría se llenaron también mis padres cuando supieron la buena noticia.

Seis meses habían pasado desde aquel momento y ya vivíamos de nuevo una “Blanca Navidad en las Highlands”, pero no una cualquiera... sino las de nuestra boda.

—Me muero contigo, eres española y te arriesgas a casarte en las Highlands en pleno diciembre, para que te caiga una lluvia de tal calibre que tengamos todos que llegar en canoa—me dijo Maggie días antes.

—¿Y qué si es así? Te digo que me da lo mismo, yo lo que quiero es casarme con él y si tenemos que llegar en canoa, como si hemos de hacerlo en un trasatlántico. Esta historia comenzó en Navidad y yo quiero que se desenlace también en Navidad.

—Pues nada, tú misma.

—Claro, además en mi tierra dicen que sarna con gusto no pica, ¿sabes?

Y no picó porque no hubo sarna, ya que aquel esplendoroso veintisiete de diciembre amaneció con el regalo de un sol que no todos los días se veía en las Tierras Altas.

—Amor, este es el primer regalo del día—le comenté al descorrer las cortinas.

—Pues, si quieres, yo estoy ya dispuesto a darte el segundo.

Su seductor guiño de ojo me indicó que hablaba completamente en serio, por lo que salí a la carrera antes de que la mañana se liara demasiado y no llegáramos a tiempo al altar.

Cerrando la puerta del dormitorio a lo justo antes de que me pillara, me marché al ala de la casa donde estaban instalados mis padres y abuelos, así como Alba, Maggie, mis amigas Carlota y María y mis primas Rosa y Andrea.

Las seis, con sus preciosos vestidos blancos con motivos rojos y verdes, formaban el ramillete de mis damas de honor.

En cuanto a mi vestido, de línea romántica, iba complementado con un tartán de lana ligera a juego con el kilt que mi prometido me había asegurado que luciría para la ocasión.

Pese a que él era un hombre de negocios de lo más adinerado, de todos era sabido que a Harry le gustaba llevar una vida de lo más normal, dentro de los muchos lujos que sí podíamos permitirnos, por lo que ambos elegimos una boda maravillosa, pero íntima.

El sonido de la gaita fue el que oí con fuerza a mi salida de casa cogida del brazo de mi padre, en cuyos jardines se celebraría nuestra boda.

El “wow” general de nuestros invitados le hizo sombra, si bien compitió también con el que yo le espeté a Harry cuando lo vi con su kilt esperándome junto al altar.

El toque romántico que ambos quisimos darle al día se notó desde el comienzo de la ceremonia y es que, si de algo podíamos presumir mi chico y yo, era de estar de lo más enamorados.

Cogidos de la mano, vivimos momentos inolvidables que incluyeron aquel en el que, temblando como un flan, el highlander de mi corazón se mostraba incapaz de colocar el anillo en mi mano.

—Si nos están grabando, esto se va a hacer viral—se quejó.

Las risas de las damas de honor provocaron también las mías, por lo que Harry terminó riéndose y con él, el resto de los asistentes, incluido el oficiante.

—No te preocupes, mi niña, que no todo se me da igual de mal—murmuró por los bajinis haciendo que yo me diera un ligero mordisquito en mi labio inferior.

—Ya lo sé, y estoy deseando descubrir si es cierto que no lleváis ropa interior debajo del kilt—bromeé también entre susurros.

—No me digas eso que entonces ya no atino en todo el día.

Pero sí atinó, y si comprobé yo aquello, aunque no voy a decir lo que me encontré o no, que me parece mejor dejarlo en el aire.

Y hablando de aire... en ese estuvimos pocos días después, cuando un avión nos llevó de luna de miel a Las Maldivas, el sueño de mi vida, para culminar el que también había sido otro sueño; convertirnos en marido y mujer en un entorno inigualable en el que ambos estábamos deseando comenzar con nuestra vida matrimonial.

Mientras volábamos, revisamos las fotos de nuestra boda y comprobamos la cara de felicidad de todos los presentes, si bien, por muy felices que estuvieran era imposible que nos hicieran sombra a Harry y a mí; los protagonistas de una boda cuyos recuerdos llevábamos ya ambos en el corazón.

Epílogo



3 años después

La vida nos sonreía en unas Tierras Altas de las que yo sentía que me había ya enamorado tanto como de mi marido.

Aquella mañana acudí como cualquier otra a trabajar en las clínicas de Harry, en las cuales yo desempeñaba mi labor en el departamento financiero, como economista que era.

El crecimiento de su negocio seguía siendo exponencial, por lo que no dudé en hacer aquel nuevo fichaje que tanto me ilusionaba.

—Cariño, me voy ya al aeropuerto para recoger a Alba—le conté mientras cogía el coche y le llamaba al instituto.

—¿Estás contenta con su llegada?

—¿Tú qué crees? Ella es como mi hermana y no puede venir en mejor momento.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la empresa está en pleno crecimiento y ella es una jabata, ya verás como arrima el hombro.

—No lo dudo, si viene recomendada por ti, sé que es perfecta para el puesto.

—Sí, además, es que me va a venir de perilla.

Solté el teléfono antes de que aquella lengua mía, que aquel día no paraba, dijera más de lo que debía.

Yo todavía no tenía la absoluta certeza, aunque hay cosas que una mujer sabe. De camino al aeropuerto, paré en una farmacia.

—Un test de embarazo, por favor—le pedí a la amable farmacéutica.

La mujer, de unos sesenta años, me miró fijamente.

—¿Es para ti, muchacha?

—Sí, tengo un retraso y...

—Y una cara de embarazada tremenda, eso tienes también—me comentó y me dejó fría.

—¿Usted cree?

—Yo tengo mucho ojo para estas cosas y estoy tan segura que te diría que hasta puedes ahorrarte el test.

Vivir para ver, obvio que me lo llevé, pues no era por desconfiar de su palabra, pero no sabía yo hasta qué punto eran infalibles las predicciones de una mujer que hasta me dio la enhorabuena antes de salir de su local.

Llegué dando saltos por partida doble a recoger a Alba al aeropuerto, ya que no veía la hora de tener a mi amiga conmigo y encima... ¡capaz que le tocaba ejercer de tita!

—Ya estoy aquí porque he venido—me dijo mientras se fundía conmigo en un abrazo.

—Y esto está aquí porque lo he traído—le contesté cuando nos separamos, enseñándole el test

de embarazo.

—¿No me digas que estás...?

—A ver, no soy yo quien tiene que decirlo, de ahí que lo haya comprado—bromeé y le saqué la lengua.

—Ains, me muero de ganas de saber...

—Pues vamos a salir de dudas ahora mismo, ven. —Me dirigí hacia uno de los baños del aeropuerto.

—Mujer, ¿aquí? ¿No te parece muy frío?

—¿Frío? Yo estoy ardiendo de los nervios que tengo.

—¿Y Harry? ¿No deberías hacerte la prueba con él?

—No, porque está tan ilusionado que no quiero que se lleve un chasco si sale negativo.

—Valentina, pero ¿dónde está el chasco? Pues anda que no se le tienen que dar bien los intentos a tu highlander.

—Ya sabes que sí, pero es que está que se muere porque llegue el niño.

—O la niña, ¿tú qué sabes?

—Es un decir, Albita, no me pongas más nerviosa, que no sale el chorro.

Metida en el baño, las manos me temblaban con el test en la mano.

—Venga, pues abro el grifo y voy haciendo el ruidito con la boca, todo sea por la llegada al mundo de mi sobri.

—Calla, que no puedo...

—Nada, pues yo mutis, no vaya a ser que no salga la cosa por mi culpa.

Pero sí salió y rápido...

—¡¡Habemus embarazo!! —chillé emocionada mientras mi cara se iba transformando desde la incredulidad a la alegría total.

—Ay, Dios mío, que siempre te traigo suerte... ¡¡voy a ser tita!!

—Y yo madre, y yo madre....

Salimos del aeropuerto dando brincos como dos adolescentes, lo que me recordó a las muchas veces que hicimos cosas de ese tipo años atrás.

Una vez la dejé instalada en el apartamento que habíamos alquilado para ella, me dirigí a casa y le encargué a Manoli que nos prepara una cena romántica para que le di las instrucciones.

—¿A qué se debe todo este dispendio? —me preguntó Harry cuando entró por las puertas y me vio poco menos que vestida de gala.

—A que todos los días no llega la mejor amiga de una desde España ni tampoco llega una de estas...—le señalé a la mesa.

Antes de volver a casa había pasado por una de mis pastelerías favoritas donde hacían dulces con diversas formas, escogiendo una cigüeña. De su pico, colgué un chupete que Harry tomó entre sus manos.

—Mi niña, ¿estás embarazada?

—Creo que sí, porque hubiera sido de muy mal gusto organizar todo esto de no ser así, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que ahora ya sí que lo tengo todo en la vida. —Me tomó en brazos y dimos vueltas por todo el salón.

—Tienes suerte de que todavía no haya comenzado con las náuseas y toda la película, porque de otra manera igual te hubiera bañado.

—Me da igual, me da igual, nada puede enturbiar mi felicidad, amor...

—¿Y me dirás lo mismo cuando el churumbel no nos deje dormir? Mira que yo soy muy dulce y todo lo que tú quieras, pero cuando no duerma no me aguanto ni yo...

—Pues yo te canto para que te duermas, mientras arrullo al niño en mis brazos.

—Huy, huy, eso suena muy bien, pero ya veremos.

—Sabes que lo que prometo, lo cumplo, mi amor.

En eso tenía toda la razón. No había ni una sola ocasión en la que yo pudiera decir que Harry me había fallado en ese sentido. El highlander pelirrojo de mis entretelas era un hombre de palabra que me tenía más enamorada por día que pasaba.

...Y ahora llevaba en mi interior a un mini highlander, todavía de sexo desconocido, que ya apuntaba maneras igualmente. Esa pequeña vida era la siguiente de la que me iba a enamorar...